EL TEATRO
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA RENDICIÓN DE GRANADA

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

MÚSICA DEL MAESTRO

D. JAVIER GAZTAMBIDE

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
Pez, 40.—Oficinas: calle de las Pozas, núm. 2, segundo.

1891

OBRAS

DE D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

Novelas.

Las mujeres de la noche.—Los dramas de la corte.—El duque de Castel Briá.—Una suegra por el aire.—La fiebre del oro.—La escala del placer.—La pesca de marido.—La mujer del prójimo.—Lo mejor de la mujer.—Las pecadoras.—Una doncella en agraz.—El Quijote de los siglos.—Memorias de un gran rata.—La camisa de Adán.

Obras humorísticas.

Viaje al Parnaso.—Rubias y morenas.—El fondo del cuadro.—Las mujeres del día.—Las mujeres azules.—El maestro de escuela.—El manuscrito del muerto.—Cuadros y tipos.—Fotografías y perfiles.—El Mundo militar.

Poemas.

Cineraria.—Esperanzas.—Tempestades.

Dramas.

El grito de independencia.—La Covadonga.—Los Cirineos—Floriana.—El plazo de Dios.—El loco de San Onofre.—Bernardo del Carpio.—Churruca.—Síbila Forcia.—La Sonámbula (monólogo).—Un hidalgo de Castilla.—La ciencia del siglo.

Comedias.

Jugar con el corazón.—La batalla de la vida.—La primera falta.—La capa de hielo.—El camino de la dicha.—La conveniencia.—El honor de la mujer.—Las apariencias.—Lo necesario.—La mejor de las mujeres.—Artesano y caballero.—Las deudas de la conciencia.—Panchico.—La exposición de un drama.—El poder del oro.—El presupuesto.—Los celajes del amor.

(Siguen en la 3.ª plana de la cubierta.)

EL TEATRO
COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA RENDICIÓN DE GRANADA

DRAMA LÍRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

MÚSICA DEL MAESTRO

D. JAVIER GAZTAMBIDE

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
Pez, 40.—Oficinas: calle de las Pozas, núm. 2, segundo.

1891

PERSONAJES

ZORAYA.
ISABEL LA CATÓLICA.
GONZALO DE CÓRDOBA.
ABEN-HASSÉM.
FORTÚN.
BOABDIL.

Odaliscas, damas, esclavas, gitanas, alfakíes, santones, alcaides, guardias, hidalgos, guerreros, pajes, eunucos, escuderos, religiosos, carceleros y soldados.

Epoca: fines del siglo XV.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada El Teatro, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID, 1891.—Est. Tip. de Ricardo Fé, Olmo, 4.—Teléfono 1.114.

Al Excmo. Sr.

D. Fernando Primo de Rivera y Sobremonte

MARQUÉS DE ESTELLA

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES

Como recuerdo cariñoso de su antiguo discípulo, y en testimonio de respeto y consideración al ilustre General que representa una de nuestras primeras glorias militares, tiene el honor de ofrecerle estas modestas páginas, el cronista más humilde y el más entusiasta admirador de los grandes hechos de la patria.

Enrique Ceballos Quintana.

Madrid, Octubre de 1891.

602062

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/larendicindegran00gazt

Algunas palabras á mi hija María.

Han pasado los años... no habías cumplido nueve y ya con tu corazón de artista y precoz inteligencia comprendías todos los pensamientos de esta obra, admirando en sus versos, á impulsos de tu cariño, bellezas que yo no hallaba sinó cuando te los oía recitar, porque se las prestaba entonces tu dulce y armoniosa entonación.

—«Mi zarzuela no llegará á representarse—te decía viendo tu infantil entusiasmo,—pues su género no se halla en armonía con las corrientes literarias de la época, encauzadas entre lo bufo y lo flamenco, y que así pueden arrastrar al fondo del abismo discretas producciones de postergados ingenios, como elevar á la celebridad vulgares concepciones de distinguidas nulidades. A causa de esto mismo me alegraría renunciaras á tus aspiraciones de gloria, que sueñas realizar algún día por el camino del arte; en nuestros tiempos la gloria de las bambalinas, como tantas otras, pertenecen á los que tienen favor, dinero, posición ó audacia para alcanzarla, y no á los que solamente pueden exhibir su voluntad y su mérito, condiciones hoy, sin alguna de las primeras, perfectamente inútiles, y que nadie se cuida de reconocer.»—

El largo período transcurrido ha demostrado la exactitud de mis frases. A la edad de trece años te presentabas ante público numeroso, en el que no contabas ni un amigo, interpretando, la misma noche, seis papeles diversos é importantes, cómicos y dramáticos, pero con tal acierto y tan inconcedible aplomo que, á despecho de mi obstinación en desvanecer tus aficiones artísticas y alejarte de ese mundo de intrigas y rivalidades en el que no presagiaba para tí más que amarguras, tuve que sentirme halagado como autor y como padre, ante el espectáculo de aquella ovación continua, espontánea y entusiasta que

señalaba tu entrada en el proscenio. Las pocas veces que después has logrado presentarte, con públicos indiferentes y hostiles en ocasiones por los manejos de la envidia, tus triunfos se han renovado, conseguidos con tu admirable serenidad y el poderoso encanto de ese genio, que hasta he llegado á negarte, para destruir tus ilusiones, pero que se me ha impuesto, como á todos, obligándome á confesar cual de antemano las reconocía, la verdad y justicia de tus éxitos. Mas á pesar de la evidencia de éstos, y de cuantas facultades reunes para la escena, tú no figuras en ella en el puesto que mereces, confirmando mis primitivas aseveraciones, porque solo cuentas con tu propio valer, y no hay un hombre influyente en los asuntos de bastidores, entre los que por si pudieran hacerlo, capaz de prestar desinteresado apoyo á los artistas ó escritores que lo pretendieran sin otras recomendaciones que su vocación ó su aptitud. Esos protectores de las letras y las artes, erigidos en tales por el placer de serlo, y que me citabas para vencer mi escepticismo, únicamente existen en los *bombos* de algunos diarios oficiosos; en el realismo de las modernas sociedades, con el decaimiento y falta de caracteres y creencias, acaso se encuentren grandes hombrecillos, pero ni aun provisto de la linterna de Diógenes me aventuraría yo á buscar, salvo nobles excepciones, sinó corazones muy pequeños.

Me sucede con los héroes mitos á que aludías, lo que con la política por la idea, que anhelaba descubrir cuando dirigía el periódico *El Olimpo*; la una y los otros se hallan siempre, para mí, cubiertos con el sombrero de Merlín.

Podría proporcionarte mi valiosa influencia si en vez de gastar mi cerebro escribiendo doscientos libros y tres ó cuatro mil artículos y poesías, me hubiera propuesto ser autor flamenco, pues con media docena de *obrejas* tu porvenir artístico y mi renombre de escritor insigne, famoso y eminente se hallaban asegurados, mas con la conciencia literaria limpia de esos pecadillos nada puedo hacer, sinó admirarte. Prueba de ello es que esta obrita, corroborando también mis vaticinios, no se ha representado, y aun cuando haya obtenido tan lisonjeros como inmerecidos elogios del malogrado crítico D. Manuel de la Revilla, de Alcalde Valladares, Leopoldo Cano, Barbieri, Chueca, Soler, Oliveres y otros muchos y no menos reputados autores, maestros y cantantes, continúo creyendo, según creía anteriormente, y en virtud de idénticas razones, subsistentes con mayor fuerza cada día, que La Rendición de Granada no rendirá ninguna empresa, mientras no vuelvan las aguas por donde solían ir, en otras eras de feliz memoria.

Javier Gaztambide, que á su talento como inspirado compositor y maestro de la buena escuela reune las envidiables dotes de la fe y de la constancia, es más optimista que yo y aun alienta la esperanza, (Dios se la conserve) de que su música y mi libro llegarán á oirse.

En cuanto á mí, lo repito, no pienso tener esa satisfacción, que sería una de las más gratas de mi vida de escritor, en la que tan pocas he hallado, si bien el cielo me compensa con las que disfruto en el hogar doméstico. Como probablemente será la vez última que me dirija al público, creo puedo permitirme, con él y contigo, esta pequeña expansión, después de veinte años de *hacer cuartillas* para complacerle y proporcionaros á vosotras un capital, que se ha trocado en capital de decepciones. Por eso aseguraba un conocido periodista y bondadoso amigo mío, al publicar el juicio crítico de una de mis obras, que si con ellas en otro país me hubiera labrado una fortuna. en éste, á no tener otra renta, me acostaría muchas noches sin cenar—perdónesele la comparación—como Cervantes.

Cartas y felicitaciones de reyes, príncipes y generales, la amistad y el aprecio con que se han dignado favorecerme varios de los personajes más importantes úe España, todo esto quizá os halague, pero nada os deja sino su buen recuerdo y sólo puedo ofreceros mi pensamiento, que os consagro, y mi existencia, que es vuestra.

Algunos amigos, que no ignoran el origen de esta zarzuela, me censuran haya invertido en escribirla solamente tres semanas, una por cada acto; mas yo lo juzgo un tiempo excesivo, con relación al empleado en la mayor parte de mis tareas, pues tú ya sabes que dedicaba de ocho á doce días para mis novelas, que compuse en dos *La Covadonga*, varias piezas cómicas y en verso, en horas, y la más popular de mis narraciones y leyendas, *Juan Soldado*, en una noche de guardia. Este sistema y el de *confeccionar* á la vez cuatro ó seis obras, han servido para que no tome la pluma hace doce años, privándote de la cooperación activa que hoy pudiera ofrecerte, de haber trabajado menos y haberlo hecho *sonar* más; pues como decía el ilustrado bibliógrafo y laureado poeta *Juan García*, al ocuparse en las *Las Ocurrencias* de mi drama *El Loco de San Onofre*, yo no he solicitado nunca el auxilio de la gacetilla, base de cien reputaciones legítimas ó dudosas, pero valederas para la opinión, que aplaude todo lo que brilla sin profundizar misterios. Así se explica que hoy cuente la república literaria con tan fabuloso número de *notabilidades* y *eminencias*, y que se tomen calabazas por cabezas, mientras se esterilizan, impotentes é ignoradas, cualidades positivas é inteligencias superiores. Convengamos, sin embargo, en borrar de la memoria esas fragilidades, siguiendo el consejo del escritor citado, ya que también, según Claretie afirma, la felicidad es el olvido, y dame tu beneplácito para llegar al fin de este preámbulo, que adquiere demasiada extensión. Gaztambide y otras personas que conocían este drama, me habían aconsejado algunas veces su publicación, pero vacilaba en hacerlo, porque creo no debe imprimirse lo que al teatro se destina, sinó después de recibir en él la sanción del público. Considerando que mi libro

sólo podrá optar á ella desde los escaparates de las librerías, habiéndome además precedido mi compañero el autor de la música, que ha dado á conocer, con muy buen éxito, alguna parte de aquélla y por la circunstancia, especialmente, de cumplirse pronto el cuarto centenario de la toma de Granada, he aprovechado esta oportunidad para dar á la estampa mi trabajo.

Al hacerlo no podía menos de trazar tu nombre en las primeras páginas de un libro que es para tí, como para mí, el más predilecto de cuantos he publicado y que se lleva, al darle á luz, en cada hoja, muchas ilusiones de mi alma, muchos latidos de mi corazón. Al propio tiempo he querido aconsejarte nuevamente desistas de tu afición á ese arte escénico, que tan mal parado se encuentra, y consignar una vez más, para tí, mi bendición y mi recuerdo.

Enrique.

Madrid, Octubre, 1891.

ACTO PRIMERO

Jardines del palacio de la Alhambra.

A derecha é izquierda, en último término, dos grandes arcos abren paso á las galerías que conducen respectivamente á las habitaciones de las esclavas y al harém.

Al fondo fachada interior del alcázar. En el centro de ella la entrada del mismo, dejando ver una galería que cruza de uno á otro extremo, y en su fondo un arco adornado con preciosos arabescos, de menores dimensiones que el de entrada, paralelo á éste, y por el que se descubre parte de uno de los hermosos patios del regio edificio.

A la derecha, en primer término, el principio de un bosquecillo que se extiende hasta la puerta de la muralla que da comunicación al campo; á la izquierda, en igual término, el de otro que se dilata hasta la que facilita salida á la ciudad.

Arboles, plantas, surtidores y juegos de aguas, jarrones y accesorios fantásticos.

El conjunto, con todo el gusto y suntuosidad orientales.

(Entiéndase siempre la derecha é izquierda del espectador).

ESCENA PRIMERA

BOABDIL, ODALISCAS, ESCLAVAS, EUNUCOS Y SOLDADOS.

En el centro de la escena, BOABDIL, rodeado de las odaliscas, que tocan sus guzlas, reclinadas en voluptuosa actitud sobre un diván semicircular, formado de césped y de flores.—Desde los extremos de este semicírculo, las esclavas africanas, de pie y en dos filas, ocupan ambos lados del jardín.—Al pie del gran arco de la derecha, ocho soldados de la guardia del Sultán, y el mismo número de eunucos en el gran arco de la izquierda.—La orquesta preludia, antes de levantarse el telón, los primeros acordes de una melodía dulcísima, que continúa algunos momentos después de descubrirse la escena.

Música.

CORO DE ODALISC. Las auras fragantes
con soplo sutil
besando en las flores
el tallo gentil,
bebiendo su aroma,
esparcen doquier
los vagos acordes
de amor y placer.

BOABDIL. Esos ecos armoniosos
dan la vida al corazón,
y sonrisas y miradas
acrecientan mi pasión.

ODALISCAS. Hourís amorosas
te brindan aquí
goces y delicias
y encantos sin fin.
Aláh el Paraíso
reserva á tu fe,
do el aire se aspira
de amor y placer.

BOABDIL. Cesen ya los dulces cantos,
bellas flores del pensil,
que á las hijas del desierto
quiero ver y quiero oir.

(Las esclavas se unen, se entrelazan y ejecutan una danza fantástica, cantando á la par con ademán y acento apasionados:)

CORO DE ESCLAV. No tememos ser esclavas,
que el creyente hijo del sol
nos sujeta con cadenas,
con cadenas del amor.
Y es más grato de su boca
los acentos escuchar,
que del Oásis fresca brisa
sentir leve murmurar.

—

Sus ojos á Oriente
reflejan la luz
del astro que alumbra
el límpido azul.
Su aliento acaricia
con dulce embriaguez;
su amor es la llave
de mágico Edén.

(Cesa la danza, y las esclavas quedan todas reunidas, á un lado, en primer término.)

BOABDIL. ¡Oh, cuánta ventura
anhela mi afán
y sólo cuidados
el reino me da!

CORO GENERAL. ¡Oh, cuánta ventura

anhela su afán,
y sólo cuidados
el reino le da!

BOABDIL. Pronto el sol sus rayos de oro
sus fulgores velará;
cese, cese la armonía,
quiero solo descansar.

ODALISCAS. Las guzlas, los ecos,
sonidos no den. (Levantándose.)

BOABDIL. Ya llega la noche.
volved al harém.

(Las odaliscas avanzan á primer término, formando un grupo frente al de las esclavas. Boabdil se levanta, adelantándose algunos pasos hacia el centro de la escena. A continuación las esclavas y odaliscas se dirigen respectivamente por los grandes arcos á sus habitaciones y al serrallo, y en pos de ellas los soldados y eunucos.)

CORO GENERAL. Pronto el sol sus rayos de oro
sus fulgores velará;
cese, cese la armonía,
quiere solo descansar.

ESCENA II

BOABDIL, ABEN-HASSÉM.

Hablado.

BOABDIL. Por desgracia, empeño inútil
será buscar el reposo
cuando la tormenta amaga
sobre el vacilante trono.

HASSÉM. ¡Tú lo has dicho!

BOABDIL. ¡Aben-Hassém!

(Con acento enojado, al verle aparecer por el bosquecillo de la derecha.)

HASSÉM. El mismo soy.

BOABDIL. ¡De ese modo
penetras...!

HASSÉM. Por el vergel
busqué entrada, porque odioso

me es ver en tus regias cámaras
la turba vil, que en el lodo
de adulación cortesana
hunde ante el monarca el rostro.

BOABDIL. ¡Aben-Hassém!

HASSÉM. ¡Por Mahoma!
¿Podrás pensar que tu enojo
me contenga? Antes de vida
lanzaré el último soplo.

BOABDIL. Si tu lenguaje altanero
no refrenas...

HASSÉM. No; yo arrostro
tus iras; la causa santa
me da, al defenderla, arrojo;
su luz, es la luz divina
de la idea; ante su hermoso
fulgor la fe se acrecienta,
y á despecho de tu encono
brillará, cual el sol brilla
iluminando los globos,
aunque miles de planetas
velen su esplendor celosos.

BOABDIL. ¡Oh¡ ¿Y esa idea...?

HASSÉM. ¿No surje
(Atrayéndole por un brazo al primer término.)
de la historia en los remotos
tiempos pasados, vivísima
aureola? ¿Ante su foco
no ves que tras fausto día
para el Corán victorioso,
en el que el tigre africano
saltó sobre el reino godo,
se han sucedido otros ciento
á los muslimes gloriosos,
cuando avasallando el signo
de la Cruz, sobre sus rotos
emblemas alzarse vieron
la media luna orgullosos?

BOABDIL. ¡Ah! Es verdad...

HASSÉM. Pues esa raza

que hizo de España el emporio
de genio y ciencia, hoy se encuentra
sin caudillo y sin apoyo,
y cuando al pie de Granada
llegan ya del Rey Católico
las huestes acaudilladas
por capitanes famosos;
el que debiera, ensalzando
su estirpe, hundir en el polvo
esas tiendas que se elevan
audaces ante su solio,
ese se entrega en los brazos
del placer, y guarda su odio
para mostrarlo al que arranca
torpe venda de sus ojos.

BOABDIL. ¡Hassém! ¡Ah...! Si yo pudiera
luchar... pero me hallo solo,
y cuando en guerra intestina
perdí libertad y trono,
al recobrarlos ví muerto
mi prestigio...

HASSÉM. ¿Y de ese modo
vuelves por él?

BOABDIL. ¡Yo...!

HASSÉM. Se piensa
que estás en trato oneroso
con los infieles; se dice
que debe llegar muy pronto
un enviado de los reyes...
que entregarás vergonzoso
la ciudad... que...

BOABDIL. ¡Basta!

HASSÉM. Sí,
basta; mas juro en mi abono
salvar al pueblo oprimido
alzando el pendón glorioso
de los creyentes...

BOABDIL. ¡Deliras!

HASSÉM. No, Boabdil, tu ánimo solo
cobarde sucumbe.

BOABDIL. ¡Calla!
HASSÉM. ¡No puedo callar!
BOABDIL. Si ahogo
mi cólera, es porque pienso
que estás sin razón.
(Volviéndose hacia el alcázar.)
HASSÉM. No imploro
tu piedad!
BOABDIL. Mas... guárdate.
(Deteniéndose un momento.)
HASSÉM. En cien lides victorioso
guardóme Aláh!
BOABDIL. Ni él te ampara
si al dar á mi pueblo apoyo
hago que salte, con otras,
tu cabeza de los hombros!
(Dirigiéndose de nuevo hacia el palacio y entrando en él por el lado izquierdo de la galería.)

ESCENA III

ABEN-HASSÉM.

Chispa fugaz... su energía
dura tan sólo un instante,
y ante el poderoso impulso
de la lisonja decae.
Si es que está escrito que un día
ceda á la Cruz el turbante,
si son débiles mis fuerzas
para una empresa tan grande,
y sucumbo y... ¡nunca! el lauro
de la gloria al alma atrae,
y el amor da al corazón
alientos para ganarle.
¡Ah! creo... sí... rumor leve
(Escuchando un instante y dirigiéndose después hacia el foro.)
de pasos eco agradable
trae hasta mí... Dulce anhelo

me hace presentir su imagen...
(Observando por el lado derecho de la galería.)
¡Ella es! ella... la esperanza
de mi vida... ¡Aláh te guarde!

ESCENA IV

DICHO, ZORAYA, DESPUÉS GONZALO.

Música.

ZORAYA. ¡Hassém!
HASSÉM. Mi encanto, niña galana,
lucero hermoso de la mañana,
hurí hechicera de bello edén,
sueño celeste de eterno bien.
ZORAYA. De este lucero son los fulgores
luz desprendida de tus amores,
que el alma en ellos mira lucir
celajes bellos de oro y zafir.

—

HASSÉM.

Mi acento que aguerrido
sonaba en el combate,
hoy sólo es un quejido
que el entusiasmo abate,
y cuando tu tez pálida
torna el dolor cruel,
siente cobarde el ánimo
de dudas un tropel.
Inmensa es la agonía
del pecho que así adora,
de tu mirada ansía
la llama abrasadora,
y el alma en loco vértigo
de inextinguible ardor
vive aspirando mágica
la esencia de tu amor!

ZORAYA.

Su acento que aguerrido
sonaba en el combate,
hoy sólo es un quejido
que su entusiasmo abate,
y cuando mi tez pálida
torna el dolor cruel,
siente cobarde su ánimo
de dudas un tropel.
Inmensa es la agonía
del pecho que así adora,
de una mirada ansía
la llama abrasadora,
y el alma en loco vértigo
de inextinguible ardor,
vive aspirando mágica
la esencia del amor!

—

HASSÉM. Zoraya!
ZORAYA. Acerba pena
mi calma va á turbar!
HASSÉM. No temas, mi fe pura
tu amor protejerá!
ZORAYA. En vano tú me alientas,
yo veo en derredor
que en este regio alcázar
se alberga la traición!
HASSÉM. Del rey el cetro airado
yo mismo arrancaré,
si es que cobarde tiembla
á vista del infiel!
ZORAYA. Qué dices!
HASSÉM. Los cristianos
el cerco estrechan ya!
ZORAYA. Si vas á combatirlos
mi amor te escudará!

—

HASSÉM.

El lauro anhela el pecho
ganado en lid sangrienta,
de luz siniestra y rauda
al vívido fulgor.
Días de amor y gloria
mi triunfo me promete,
y escucho de la patria
el eco vencedor!

ZORAYA.

Su pecho anhela el lauro
ganado en lid sangrienta,
de luz siniestra y rauda
al vívido fulgor.
Días de amor y gloria
su triunfo le promete,
por él y por la patria
yo venzo mi dolor!

Hablado.

HASSÉM. ¡Oh! qué gratos los momentos
oyendo tus frases pasan,
y cuán dulce es la armonía
que de tus labios se exhala!
Feliz yo, si al lado tuyo
libre de ansiedad el alma,
pudiera aspirar sin tregua
ese amor que al pecho halaga!
ZORAYA. ¡Ah! ¿y por qué no? Si en mi vida

ves tu dicha y tu esperanza...
¿por qué no huir de este centro
de ambición y de desgracia
donde el trono de cien reyes
vacila sobre su planta?

HASSÉM. Por eso mismo... el deber
me sujeta con sus trabas...

ZORAYA. Triste de mí!

HASSÉM. Ya en la vega
cristiano ejército acampa
y nos cerca... Boabdil,
á quien su corte embriaga
con el placer, tal vez ceda
hasta entregar la sagrada
ciudad...

ZORAYA. Es posible?

HASSÉM. Sí;
antes la hermosa Morayma,
partiendo con él el trono
podía evitar la infamia
que proyecta, pero ahora
dudo también; sé que trata
de renegar...

ZORAYA. Cómo! ignoras...

HASSÉM. ¡Ah! tal vez...

ZORAYA. Es ya cristiana,
y abandonando el palacio
nos ha dejado á sus damas
expuestas á ser juguete
de las pasiones bastardas
del rey...

HASSÉM. Por Aláh! es preciso
que esto acabe!

ZORAYA. ¿De qué tratas?

HASSÉM. ¿De qué...? Ha llegado el momento...
Mi voz sólo el pueblo aguarda
para arrancar la corona
de las sienes que la infaman,
y colocarla en quien sepa
con gloria y honor llevarla.

ZORAYA. ¡Ah! ¿Y serás tú...?

HASSÉM. ¿Quién acierta
lo que el destino le guarda?
¿quién sabe dó vá la flecha
que los horizontes rasga,
ni el rayo que desde el ether
en fuegos de oro se inflama,
ni el torrente, que se agita
en miles de ondas de nácar
y salta al zénit y cae
como un diluvio de plata,
hendiendo rocas graníticas
cual mar hirviente de lava?

ZORAYA. ¡Oh! Aben-Hassém! Con tu acento
me subyugas, soy tu esclava,
y tuya es mi alma y mi vida
y mi voluntad!

HASSÉM. Zoraya!
(Estrechando ambas manos de la joven.)
¡Oh! así te adoro... así noble
con tu abnegación te ensalzas.

ZORAYA. Y bien... ¿qué he de hacer?

HASSÉM. Seguir
de nuestra ingeniosa trama
el rápido curso: há días
que burlas la vigilancia
de los guardias, con disfraces
que te dejan libre y franca
salida al pueblo; en un barrio,
del centro de él apartada,
los dulces que tú fabricas
con nombre supuesto, fama
te dan, y á tu casa llevan
en horas determinadas,
los conjurados que el triunfo
de nuestra causa preparan.

ZORAYA. Es cierto, y mi industria vela
tus proyectos...

HASSÉM. Hoy, cuando haya
(Acercándose á ella y bajando la voz.)

sonado ya la oración
de almagrib, cuando sus alas
de negro crespón la noche
haya tendido, la Alhambra
dejarás; los conjurados
unidos ante tu casa
me esperarán, y... ¿No escuchas

(Después de un momento de pausa, con inquietud y atrayéndola hacia el bosquecillo de la derecha.)

leve rumor que adelanta
por ese lado?

ZORAYA. Sí, y creo...

(Mirando por entre los árboles).

dos jinetes...

HASSÉM. ¡Cómo! Saltan
á tierra!

ZORAYA. Sí... (Con ansiedad.)

HASSÉM. Son cristianos...

ZORAYA. ¡Ah! (Retrocediendo.)

HASSÉM. ¿Qué es eso?

ZORAYA. El uno avanza...

HASSÉM. Y temes... (Con acento desdeñoso.)

ZORAYA. Yo... (Sin poder dominar su inquietud.)

GONZALO. (Al aparecer.) Linda mora!

(Volviéndose un momento hacia el bosquecillo.)

Fortún!

HASSÉM. (¡Qué osadía!) (Con expresión de cólera.)

GONZALO. ¡Aguarda!

(Volviéndose y dirigiéndose hacia el alcázar.)

ESCENA V

ZORAYA, GONZALO, ABEN-HASSÉM.

HASSÉM. ¿A dónde vais?

GONZALO. (Deteniéndose.) Lo sabréis.

HASSÉM. A la Alhambra...

GONZALO. Ese es mi intento.

HASSÉM. Y contáis para ello...

GONZALO. Cuento

con mi espada, ya lo véis.
(Dirigiéndose de nuevo hacia el alcázar.)

HASSÉM. Cristiano! (Dando un paso hacia él.)

GONZALO. Hacéos atrás.
(Con calma y deteniéndose otra vez.)

HASSÉM. ¿No teméis perder la vida?

GONZALO. De una empresa acometida
no retrocedo jamás.

HASSÉM. ¿Qué buscáis?

GONZALO. Extraño á fe
curiosidad tan marcada;
yo busco al rey de Granada
para asuntos que me sé.

ZORAYA. Vos... á Boabdil! Sois mandado...?

GONZALO. El rey Fernando me envía.

HASSÉM. Y á tal hora...

GONZALO. Es cuenta mía
el haberla adelantado.
Para mañana acordada
mi audiencia, la anticipé
porque esta noche tendré
que buscar algo en Granada.
Es de mi reina un capricho
que quiero satisfacer...
lo he dicho y tengo que hacer
un hecho de lo que he dicho.

HASSÉM. Audaz sois!

GONZALO. Y con ventura,
que no es escasa á mi ver
entrar aquí y sorprender
la diosa de la hermosura.

HASSÉM. Retened frases, que en mengua
de nuestra ley no tolero!
(Acercándose de nuevo á él.)

GONZALO. Es que sostiene el acero
lo que pronuncia la lengua!

ZORAYA. ¡Oh! no más... (Interponiéndose.)

HASSÉM. Mi indignación
provoca! (Apartando á Zoraya.)

GONZALO. Fortuna rara!

HASSÉM. Puede ser fortuna cara...!
GONZALO. No pongo al precio atención.
HASSÉM. ¿Olvidáis que en tierra extraña
estáis en este momento?
GONZALO. Siempre como propia cuento
la que usurpásteis á España.
HASSÉM. Esclava fué por su estrella
del pueblo conquistador.
GONZALO. Sin la ayuda de un traidor
no hubiérais puesto el pie en ella!
Y basta ya, que perder
no puedo el tiempo...
(Dirigiéndose hacia el fondo.)
HASSÉM. (Cerrándole el paso.) Es en vano!
GONZALO. Por Dios! ¿intentáis, insano...?
(Llevando la mano al puño de su espada.)
ZORAYA. Tenéos! ¿qué vais á hacer?
(A los dos con terrible angustia.)
HASSÉM. Voy á matarle!
(Empuñando también el alfanje.)
GONZALO. Entre infieles
morir? ¿Me habéis conocido?
HASSÉM. ¿Y quién no? Sóis el temido
alcaide de los Donceles!
ZORAYA. ¡Ah! (Con expresión de terror.)
GONZALO. Y queréis...
HASSÉM. En buena ley
luchar, que no he de temeros.
(Desenvainando el alfanje.)
GONZALO. ¡Pardiez! (Desenvainando su espada.)
BOABDIL. Guardad los aceros.
(Con voz entera y majestuoso ademán, apareciendo en la puerta de entrada del alcázar.)
ZORAYA. Aláh me ha escuchado! (Con alegría.)
GONZALO. El rey!
(Bajando su acero al propio tiempo que Hassém.)

ESCENA VI

DICHOS, BOABDIL.

BOABDIL. El rey, sí; y vos... ¿quién sois vos?
GONZALO. Miradme bien.
(Dando un paso hacia él.)
BOABDIL. (Reconociéndole.) ¡Ah! Gonzalo
de Córdoba.
GONZALO. Sí.
BOABDIL. ¿Y por qué
de tal suerte...?
(Señalando los aceros desnudos.)
GONZALO. Estoy tratando
de vender cara mi vida
en vuestro propio palacio;
mas ¡por Dios! que ya os hallé,
(Envainando la espada.)
y es inútil que mi brazo
haga sentir su rigor
á quien osó provocarlo!
BOABDIL. Aben-Hasém!
HASSÉM. (Nuestra cuenta
queda pendiente!)
(Envainando también su alfanje.)
BOABDIL. ¿Emisario
sois del rey?
GONZALO. Sí.
BOABDIL. Pues decidme
el mensaje que Fernando
para mí os dió.
GONZALO. El rey Católico
no quiere que corra en vano
más sangre.
BOABDIL. Y bien...
GONZALO. Nuestras tropas
anhelan dar el asalto
decisivo; cien caudillos,
su impaciencia moderando

con el respeto, ese instante
aguardan también, y en tanto
las baterías enfilan
la ciudad, que cual sagrado
postrer recinto hoy se ofrece
al muerto imperio africano.

HASSÉM. ¡Ah! Y qué más? (Con ira reconcentrada.)

ZORAYA. (Con dolorosa inquietud.) (Hassém!)

GONZALO. ¿Qué más?
fácil es el sospecharlo.

HASSÉM. Sí, lo adivino!

GONZALO. El rey quiere
ser como siempre magnánimo.

BOABDIL. Entonces...

GONZALO. Pide la entrega
de la ciudad, y que un pacto
con honrosas condiciones
firméis...

HASSÉM. Primero la mano
se cortará!

BOABDIL. Hassém!

HASSÉM. Decidle
al rey Católico, hidalgo,
que aún de Almanzores y Muzas
quedan por fortuna vástagos,
y que sus pechos al hierro
se presentarán bizarros
cuando en Granada no quede
ni un muro para escudarlos.

ZORAYA. ·Ah! (Con acento apasionado, acercándose á él.)

HASSÉM. Zoraya! (Con cariñosa expresión.)

BOABDIL. ¿Habéis oído?
pues bien; si á diversos lados
fuérais, oyérais distinta
la opinión; en el palacio,
en el morab, la mezquita
y la ciudad, mis vasallos
luchan con fines opuestos,
con pareceres contrarios...
y el pueblo se agita... y llegan

hasta mí rumores vagos...
y me acusan... y yo solo
soy de las iras el blanco...
¡oh! malhaya mi destino
que me legó este reinado!

HASSÉM. Malhaya el rey que no sabe
gobernar!

BOABDIL. Calla, insensato!

GONZALO. Es decir, que optáis...

BOABDIL. Pedidle
una tregua al rey Fernando,
que, ó pongo paz en mi reino
ó lo lego á los cristianos!

HASSÉM. Nunca!

BOABDIL Decídselo así!

GONZALO. No es menester; si pasado
el plazo, caso de haberlo,
no os entregáis...

HASSÉM. ¿Qué?

GONZALO. El asalto
os hará ver, aunque os pese,
que fué vuestro empeño vano,
y que lo que en paz negáis
en guerra nos lo tomamos!

(Con acento y ademán altivos, saliendo por el bosquecillo de la derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, menos GONZALO.

HASSÉM. Boabdil!

(Increpándole con amargo reproche.)

BOABDIL. No, no más! tus labios selle
esta angustia mortal que al alma asedia!
¡Oh, Granada infeliz, sobre tus hijos
cayó de Aláh la maldición eterna!

(Entrando en el alcázar.)
(Comienza á oscurecer.)

ESCENA VIII

ZORAYA, ABEN-HASSÉM.

ZORAYA. Pobre rey!
HASSÉM. Sí, por la falta
de energía sus ideas
vacilan, mas... no hay instante
que perder... la noche llega
y por el pueblo nos cumple
conjurar ruda tormenta
que amaga; voy á los fieles
á citar; tú en esa tienda
de Albaicín, donde las pastas
y dulces tu fama elevan,
con el disfraz y el oficio
que tu faz y rango velan,
me aguardarás... mas... ¡si acaso
algún peligro corrieras!
(Con inquietud, acercándose á ella.)
si acaso...
ZORAYA. Hassém! (Con acento de temor.)
HASSÉM. Desde há poco
no sé por qué una siniestra
inquietud embarga mi ánimo.
ZORAYA. ¡Ah! yo también... no quisiera
decírtelo, no, mas temo
algo fatal...
HASSÉM. Aláh observa
nuestros actos... en él fío
para vencer en la empresa.
Yo iré contigo. (Con resolución.)
ZORAYA. Tú!
HASSÉM. Sí;
volveré á tu lado; mientras
dispón tu disfraz,.. (Preparándose á salir.)
ZORAYA. (Reteniéndole dulcemente). Hassém!
tiemblo al dejarte.
HASSÉM. No temas.

ZORAYA. Si á ese cristiano buscaras
al salir...!

HASSÉM. La ley suprema
del deber, Zoraya, es antes
que mi personal ofensa.

ZORAYA. Con todo... he de acompañarte
hasta que te encuentres fuera
del recinto...

HASSÉM. Haz tu deseo...

(Dirigiéndose hacia el bosquecillo de la izquierda.)

ZORAYA. (Si realizarlo pudiera!)

(Con dolorosa expresión, vacilante entre el temor y la esperanza.)

HASSÉM. Zoraya!

(Volviéndose hacia ella al observar que no le sigue.)

ZORAYA. (Quién le detiene
cuando la patria le espera!)

HASSÉM. Zoraya... bien mío...

(Acercándose á ella con ademán de súplica.)

ZORAYA. Hassém!

(Con decisión, avanzando y uniéndose á él.)

HASSÉM. Vamos! (Saliendo.)

ZORAYA. ¡Que Aláh le proteja,
y sufra mi alma, ella sola
la amargura de su pena!

ESCENA IX

GONZALO, FORTÚN.

GONZALO. Se aman!

(Apareciendo, seguido de Fortún, por el bosquecillo de la derecha.)

FORTÚN. Aguardad, señor,
un instante...

GONZALO. Ya se han ido...
¡ah! Fortún, he comprendido
que arde en su pecho el amor!

FORTÚN. Por lo mismo os aconsejo
que desistáis de esa idea.

GONZALO. He de robarla!
FORTÚN. Así sea.
(Perderemos el pellejo.)
GONZALO. Qué dices?
FORTÚN. Licencia dáis?
GONZALO. Habla breve y con mesura.
FORTÚN. Pues pienso que es gran locura
el paso que aventuráis.
Anoche á varios soldados
la reina oyó, en mala hora,
que aquí hacía cierta mora
pasteles muy afamados.
Mostró afán de los probar,
y ofrecísteis con vehemencia
que la mora á su presencia
los iría á fabricar.
Vinimos; al rey habláis,
enreda el diablo el asunto,
salís, y sé que en un punto
de una dama aquí os prendáis.
Volvéis, por verla, á acechar,
y véis que vuestra hechicera
es la misma pastelera
que ibáis después á buscar.
¡Pardiez! robarla en Granada
y salir luego triunfante,
detrás yo solo, y delante
la punta de vuestra espada.
Empresa era que Luzbel
hubiera visto despacio,
pero ¡robarla en palacio
como si fuera un papel!
Vamos, señor, que en la mano
á una mujer no se lleva...
pensad que por una Eva
se perdió el género humano,
Y oid mis consejos fieles
ó el pescuezo aquí dejamos,
y en ayunas nos quedamos
sin amor... y sin pasteles!

GONZALO. Acabaste?
FORTÚN. Con perdón
de su merced.
GONZALO. Bien hablado.
FORTÚN, Entonces...
GONZALO. Nada.
FORTÚN. (He sacado
lo que el negro del sermón!)
GONZALO. Fortún!

(Observando por el bosquecillo de la izquierda y volviéndose vivamente.)

FORTÚN. Señor!
GONZALO. Mi corcel?
FORTÚN. Está atado con el mío.
GONZALO. Tenlos pronto.
FORTÚN. (Sólo fío
en que Dios vele por él!)
GONZALO. No vas?
FORTÚN. Mas...
GONZALO. Fortún!
FORTÚN. (No gasto
palabras que no ha de oir...
¡ay Dios! habrá que salir
matando moros á pasto!)

(Saliendo por el bosquecillo de la derecha.)

ESCENA X

GONZALO.

Allá en el fondo del pensil florido
(Mirando por el bosquecillo de la izquierda.)
avanza una mujer con planta incierta....
¡oh, celeste ilusión que aquí has nacido,
fuera mejor no haberte conocido
si te he de ver, desde que naces, muerta!

(Ocultándose en segundo término.)

ESCENA XI

ZORAYA.

Música.

Qué sombra vela el puro
matiz de la ilusión?
por qué turbada siento
latir mi corazón?
Ay de mi vida,
si esta mansión
fuera la tumba
de su pasión!
La noche llega
triste y callada,
brisa y perfumes
hacia Granada
van á la par.
Leve fragancia
mi pecho ansía
porque mitigue
del alma mía
hondo pesar.
Dudo y vacilo,
que en mi ansiedad,
tan sólo yo sabré
suspiros exhalar.

ESCENA XII

ZORAYA, GONZALO

Hablado.

GONZALO. Oídme!

(Con acento suplicante y apasionado, presentándose de pronto ante la mora cuando ella se dirige al alcázar.)

ZORAYA. ¡Ah! (Retrocediendo con espanto.)

GONZALO. Un solo instante.

ZORAYA. El cristiano!
GONZALO. No huyáis... yo os escuchaba,
y vuestro dulce acento, palpitante
de esperanza y temor, acariciaba.
ZORAYA. Qué anheláis?
GONZALO. Adoraros! He venido
sólo por vos...
ZORAYA. Por mí!
GONZALO. Con loco empeño,
juré en el campo, de lisonja al ruido,
llevaros hasta él.
ZORAYA. Eso es un sueño!
GONZALO. Ojalá fuera así! No os conocía,
y en mi apacible calma
sólo su grata paz interrumpía
la sed de gloria que abrasaba el alma.
Pero os ví, y mi sosiego
para siempre alteró vuestra hermosura
y al rayo de su luz quedéme ciego
esperando una frase de ventura.
ZORAYA. ¡Oh, apartad... alejaos...
peligra vuestra vida...
GONZALO. Y qué importa? la vida es sólo un caos
sin el albor de la ilusión querida.
Amadme!
ZORAYA. A un nazareno
una hija del Islám!
GONZALO. Con fe completa,
si me amárais, un día
dejárais, por la mía
la religión mentida del profeta.
ZORAYA. Ah! creeis que perjura
de mi fe y de mi patria renegando
me uniera, en mi locura,
á los que nuestros campos asolando
nos roban la esperanza,
legándonos del reino á los confines
al golpe de su lanza
y al acerado son de sus clarines?
GONZALO. Oh! pues por eso mismo,

porque os halláis al borde del abismo
en que el valor muslime se quebranta,
anhelo ahora arrancaros
de sus terribles bordes y llevaros
donde el poder cristiano se levanta.

ZORAYA. No, no será! los fieles
protege el gran Aláh!

GONZALO. Su causa ha muerto,
y veréis á los rojos alquiceles
huyendo, al galopar de los corceles,
su salvación buscar en el desierto.

ZORAYA. Oh, nunca!

GONZALO. Frase vana...
Vísteis en claro día
de entre celajes de purpúrea grana
surgir nube sombría,
que en el azul vagando,
y al empuje de airados aquilones
su negra faz rasgando,
en mil y mil fantásticos girones,
la etérea inmensidad iba cruzando?
No escuchásteis del trueno
al eléctrico choque el estampido
llenando el áureo seno
con la potente voz de su sonido?
Y después... de los cárdenos relámpagos
á la vibrante luz de sus fogatas,
no vísteis desbordarse,
saltar, precipitarse
en revuelto huracán las cataratas?
Así del castellano
pueblo leal la tempestad naciendo...
contra el yugo africano
las armas esgrimiendo,
arrojará en el polvo su diadema
tras siete siglos de inmortal poema.
Y así como la tromba
cruzando gigantesca en el espacio
destruye brumas de pesada sombra
con argentadas lumbres de topacio,

Así de independencia
la fulgurante luz resplandeciendo,
y ante el vivo esplendor de la creencia
su diamantino disco difundiendo,
destruirá la bruma que aún empaña
el claro sol... la libertad de España!

ZORAYA. Estará escrito así!

GONZALO. Granada cede...
venid conmigo donde el astro brilla...
venid donde mi amor plaza os concede
entre las nobles damas de Castilla.

ZORAYA. Callad! dejadme ya,..

GONZALO. ¿No es más hermoso
reinar en el hogar como cristiana,
sin cruzar el camino que afrentoso
á la mujer trazó secta liviana?

ZORAYA. Oh!

GONZALO. Seguidme, el destino
os será aquí fatal...

ZORAYA. Basta!

GONZALO. Mi anhelo
os cubrirá de flores el camino
con singular desvelo,
y apartando constante los abrojos
que pudiérais hallar, ¡mi fe os lo jura!
á donde quiera que tornéis los ojos
encontraréis un mundo de ventura.

ZORAYA. Vos deliráis... salid! no puedo amaros...

GONZALO. Amáis á otro!

ZORAYA. Salid!

GONZALO. Pueril quimera!

ZORAYA. Qué pretendéis?

GONZALO. Conmigo he de llevaros
aunque la vida en la ocasión perdiera.

ZORAYA. Oh! estáis loco...

GONZALO. Tal vez.

ZORAYA. A un grito mío
pueden prenderos!

GONZALO. Dadle.

ZORAYA. De ese intento

ceded!

GONZALO. No puedo ya!

ZORAYA. Qué desvarío!

GONZALO. Venid! (Aproximándose á ella)

ZORAYA. Jamás!

(Sintiendo desfallecer su energía y retrocediendo con temor.)

GONZALO. Venid! el juramento
de honor me obliga!

(Asiéndola de un brazo y atrayéndola á viva fuerza hacia e bosquecillo de la derecha.)

ZORAYA. Auxilio!

(Gritando y luchando para desasirse de sus brazos,)

GONZALO. Será en vano!

(Enlazando su talle y acercándose más al bosquecillo)

ZORAYA. Auxilio! Guardias! Ah!

(Lanzando un grito y cayendo desmayada en brazos de Gonzalo.)

GONZALO. Llegan infieles...
Fortún!

(Asomándose un momento al bosquecillo para llamar á su escudero, y volviéndose al propio tiempo que aparecen por distintos lados guardias del rey, soldados y alfakíes.)

GUARDIAS. Aquí!

SOLDADOS. Traición!

ALFAKÍES. Muera el cristiano!

(Precipitándose todos hacia Gonzalo.)

GONZALO. Atrás! Soy el alcaide de Donceles!

(Con voz de trueno y dando un paso hacia el grupo, que retrocede al reconocerle con muestras de temor y de sorpresa.)

Si queréis recobrarla
id al Real de la Vega á rescatarla!

(Desapareciendo con Zoraya por el bosquecillo.)

ESCENA ÚLTIMA

GUARDIAS, ALFAKÍES, SOLDADOS, después ABEN-HASSÉM.

Música.

CORO. Es el gran guerrero
del campo enemigo,
el que ha cautivado
la celeste hourí.
Su acero es el rayo,
que en ruda pelea
sembrando la muerte
va siempre ante sí.

HASSÉM. Zoraya! (Desde fuera.)

CORO. Ese es su amante.

HASSÉM. Ya llego sin tardar. (Entrando.)
Zoraya! bien amado...
me esperas? dónde estás?

CORO. En vano tú la buscas,
que en triste oscuridad
la luz de tus amores
no puede ya brillar.

HASSÉM. Mentís! su amor es mío...
su dicha es mi placer!

CORO. Mas hoy un castellano
la arranca á tu poder.

HASSÉM. Esclavos! tal afrenta
pudísteis presenciar...
mentís! ídolo mío!
responde... dónde estás?

CORO. Es el gran cristiano
del campo enemigo,
el que ha cautivado
la celeste hourí.
Su acero es el rayo
que en ruda pelea
sembrando la muerte
va siempre ante sí.

HASSÉM. Cobardes! indignos
hijos del Profeta!
yo juro vengarme
sin más dilación!
La enseña cristiana
será mi trofeo...
sangre sin tardanza
pide el corazón!

CORO. La enseña cristiana
será su trofeo...
sangre sin tardanza
pide el corazón!

HASSÉM. Corramos, la Vega
repita los ecos
de horrible venganza
que calme mi afán!
(Desenvainando el alfanje.)
Guerra y exterminio
juremos sin tregua...
guerra y exterminio,
soldados de Islám!

CORO. Guerra y exterminio
(Sacando igualmente los alfanjes.)
juremos sin tregua...
guerra y exterminio,
soldados de Islám!
(Dirigiéndose todos hacia el bosquecillo de la derecha en pos de Aben-Hassém.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Campamento cristiano en la Vega de Granada.—En primer término de la derecha la tienda de Gonzalo de Córdoba; en segundo el pabellón de la reina; en tercero y en el fondo tiendas de soldados y campiña.—Bosque en el primer término de la izquierda; en segundo, y frente al pabellón de la reina, la barraca de los guardias hidalgos; en tercero el principio de un camino sobre colinas que conduce á la ciudad.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GUARDIAS-HIDALGOS, SOLDADOS, PAJES Y ESCUDEROS en diferentes grupos y actitudes, formando un cuadro de gran animación. Después FORTÚN.

Música.

GUARDIAS. Cuando el sol del nuevo día,
cuando el sol venga á lucir,
marcharán las avanzadas
por la orilla del Genil.

SOLDADOS. Las baterías están emplazadas,
los escuadrones dispuestos están;
viva! á la lucha...! Santiago y á ellos!
viva! á la lucha...! morir ó triunfar!

PAJES. Quién mirara las moritas,
quién mirara las hourís,
al bañar sus lindos cuerpos
en las aguas del Genil.

ESCUDEROS. Los musulmanes no prueban el vino,
los musulmanes no saben gozar,
no tienen bodegas, no exprimen las uvas,
no beben mosto, no trincan jamás.

CORO GENERAL

FORTÚN. Qué animada está la gente

cuando hay algo que beber...

(Saliendo de la tienda de Gonzalo: los diversos grupos se van acercando y le rodean.)

ESCUDEROS. Es Fortún, el escudero
del alcaide, honrado y fiel.

GUARDIAS. Que nos cuente lo que ha hecho
en Granada su señor.

FORTÚN. Es un caso misterioso.

TODOS. Guardaremos discreción.

FORTÚN. Del suceso de esta noche
los detalles os daré,
pero chito, punto en boca,
nadie diga que yo hablé.

TODOS. Del suceso de esta noche
los detalles nos dará,
pero chito, punto en boca,
punto en boca y hablará.

FORTÚN. Era una mora muy hechicera
que se encontraba en el pensil,
y el bravo alcaide de los Donceles
se la ha robado á Boabdil.

CORO. Oh, qué gentil! oh, qué gentil!

FORTÚN. Dicen que es mora de gran valía,
Granada toda quedó en burdel;
pero el alcaide su linda presa
trajo á la grupa de su corcel.

CORO. Bravo doncel! bravo doncel!

FORTÚN. Los dos salimos dando mandobles,
¡Diantre! qué apuros me hizo pasar;
noventa moros, salvando calles,
dejamos muertos en la ciudad.

CORO. Qué atrocidad! qué atrocidad!

FORTÚN. Hace la bella pastas sabrosas
de ellas la reina se encaprichó,
y ahora el alcaide, libre de moros,
creo es cautivo del niño amor.

CORO. Qué corazón! qué corazón!

FORTÚN. Ya sabéis, pues, el suceso,
sus detalles os conté,

pero chito, punto en boca,
nadie diga que yo hablé.

CORO. Del suceso de esta noche
los detalles ya nos dió.
pero chito, punto en boca,
nadie diga que él habló.

FORTÚN. Ay! qué odaliscas de rechupete
en los serrallos debe de haber;
quién fuera moro para tenerlas
y renegar de su mujer.

CORO. Quién fuera moro para tenerlas
y renegar de su mujer.

(Se oye un redoble de tambores y á continuación el toque de retreta.)

FORTÚN. Alerta, compañeros,
retreta tocan ya,
alerta y á su puesto
desfile cada cual.

CORO. Alerta, compañeros,
retreta tocan ya,
alerta y á su puesto
desfile cada cual.

(Los soldados, guardias, pajes y escuderos forman cuatro distintos pelotones y desfilan, marcando el paso, por diferentes lados del campamento.)

FORTÚN. Marchemos á las tiendas,
marchemos sin tardar,
alerta, compañeros,
retreta tocan ya.
ran, cataplán,
ran, cataplán,
ran, cataplán, cataplán, cataplán.

CORO. Marchemos á las tiendas, etc.

—

ESCENA II

FORTÚN, GONZALO.

Hablado.

FORTÚN. De nuestras rudas jornadas
hora es ya que descansemos;
puede que mañana andemos
otra vez á cuchilladas.

GONZALO. Aunque el reposo perdí
(Saliendo del pabellón de la reina.)
logró la reina el deseo.

FORTÚN. Quién va? (Volviéndose.)

GONZALO. Yo soy.

FORTÚN. Vos? (no veo)
dónde está la bella hourí?

GONZALO. Su alteza albergue le ha dado
en su propio pabellón;
pero la gran distinción
que al punto le ha demostrado
no ha logrado sus enojos
disipar...

FORTÚN. No hay quien la obligue...?

GONZALO. A nada.

FORTÚN. Y á vos os sigue
mirando con malos ojos?

GONZALO. Ojalá fuéranlo así
y mi mal viniera á menos,
que por ser ellos muy buenos
son tan malos para mí.

FORTÚN. Señor, dejáos de moras,
que el diablo que las entienda,
y entrad presto en vuestra tienda
á dormir algunas horas.

GONZALO. No, Fortún, preocupado
mi pensamiento me tiene,
y voy... pero dí, no viene
(Acercándose al primer término de la izquierda y deteniéndose de pronto.)

un grupo por ese lado?

FORTÚN. Es verdad...! y... cosa extraña!

(Acercándose y observando.)

GONZALO. Traen armas?

FORTÚN. Sí.

GONZALO. Qué?

FORTÚN. Alfileres!

GONZALO. Qué dices?

FORTÚN. Que son mujeres
si la vista no me engaña.

GONZALO. Mujeres... no hay duda, sí...
y á tal hora... raro caso.

FORTÚN. Deben ser aves de paso...
pero veā... ya están aquí.

(Aparece un grupo de gitanas que atraviesa la escena, en desorden, diseminándose un momento por diversos lados y formando luego un semicírculo en torno de Fortún y de Gonzalo.)

—

ESCENA III

DICHOS, GITANAS.

Música.

GONZALO. Qué pretenden? qué desean?
la retreta sonó ya.

FORTÚN. Pronto acaben, hermanitas,
que es preciso descansar.

GITANAS. Somos hijas del Egipto,
nuestras tribus errando van
por el monte, las llanuras,
por las selvas y por el mar.
Siempre libres de las leyes
comerciamos si hay ocasión,
y la pena ó la ventura
predecimos al corazón.

FORTÚN. Ay! ay! que son gitanas,

echémoslas, señor,
los diablos en el cuerpo
nos meterán si no.

GONZALO. No, no, que mi destino
anhelo descubrir...
amor arde en mi pecho...
mi suerte predecid.

GITANAS. Venga esa mano.

GONZALO. Tomad la mano.

GITANAS. Gloria y amores luchando están.

GONZALO. Cuál es mi suerte?

GITANAS. Tu amor sucumbe;
te aclama el mundo Gran Capitán.

GONZALO. Si vuestro vaticinio
llegárase á cumplir,
con la muerte en el alma
me lanzaré á la lid.

FORTÚN. Ay! ay! bien lo decía,
señor, creedme á mí,
los diablos á un cristiano
le meten sin sentir.

GONZALO. Tomad... guíalas fuera,
(Dándolas un bolsillo.)
que crucen sin tardar...

FORTÚN. Venid... (tal vez mal de ojo
nos hayan hecho ya.)

GITANAS. Leal escudero, la buena ventura
también te diremos si quiéresla oir...

FORTÚN. Callad y seguidme, no quiero embrujarme,
sois hijas del diablo, callad y venid.
(Dirigiéndose al fondo derecha seguido de las gitanas.)

GITANAS. Somos hijas, etc. (El primer tiempo.)

ESCENA IV

GONZALO.

Buscaba el alma mía
de gloria los fulgores,

y sus vivos colores
amor llegó á velar.
De amor segura muerte
se anuncia en mi destino,
y que el fulgor divino
de nuevo brillará.
De qué me sirve
renombre ilustre,
si se marchita
bella ilusión?
De qué me sirven
gloria y honores,
si se desgarra
mi corazón?
Ocultando mi amargura
sin ventura callaré;
así al menos, patria amada,
con mi espada serviré.
Lisonjera la esperanza
sin tardanza mataré,
y que viva mi memoria
por la gloria y por la fé.
Si hay que sufrir,
si hay que penar,
yo mi amargura
sabré ocultar.
Si hay que vivir,
si hay que luchar,
yo por mi patria
sabré triunfar.

—

ESCENA V

DICHO, ISABEL.

Hablado.

GONZALO. Dulces ensueños que forjó la mente,
dad, si os borráis, al desaliento tregua,

y no turbe, el recuerdo de un encanto,
fé que la patria reclamar pudiera.
(Aparece la reina saliendo de su pabellón.)
¡Ah! creo distinguir... la reina sale...
(Yendo á su encuentro.)
¡Señora!

ISABEL. Vos aquí! ya en vuestra tienda
os hacía, Gonzalo, descansando
de la reciente y atrevida empresa.

GONZALO. Ninguna para mí será imposible
si complace, señora, á vuestra alteza.

ISABEL. Bien sé lo que valéis, y os agradezco
vuestra noble adhesión, ahora es fuerza
que yo termine la obra comenzada,
haciendo ver á la cautiva bella
de nuestra fe la luz.

GONZALO. Mucho es preciso
para ese fin...

ISABEL. Su orgullo se subleva
á toda indicación; raza africana,
siempre tenaz en su constante idea
no dobla la cerviz.

GONZALO. Siglos y siglos
han sido menester para que ceda
la posesión de España.

ISABEL. Mas al cabo
ese gran día rápido se acerca...
¡Oh! como late el corazón, ansioso
de realizar lo que la mente anhela!
Si supiérais, Gonzalo..., ráudos cruzan
del pensamiento en la región inmensa
sueños de gloria, en que mi amada España
del mundo todo y sus destinos dueña,
del porvenir ante el brillante faro
bajo el solio de Dios su nombre muestra.
Créola ver edificando alcázares
de filigrana y oro, do sus lemas
escritos por la fe del cristianismo
reflejo son de la verdad suprema:
Créola ver, que la extensión del globo

es á su nombre y esplendor estrecha;
que no basta el espacio á las Castillas
mirando á Europa de sus hijos sierva.
Y veo al genovés, á ese hombre ilustre
que su esperanza hasta mi trono allega
buscando protección... en mi entusiasmo
vendo mis joyas..., y á partir se aprestan
tras el genio titán..., mi nombre aclaman
desde la mar en frágil carabela
que da el postrer adiós... el ancho piélago
audaz surcando, sin cesar se aleja...
y avanza más..., las azuladas ondas
tienen su fin..., el continente espera...;
surge otro mundo! seculares bosques...
horizontes de luz, ricas praderas...,
y sobre playas vírgenes... ignotas,
se alza la Cruz, y con la Cruz, la idea...
y con la idea Dios! y ya no hay razas,
y solo hay paz, fraternidad eternas!

GONZADO. ¡Oh! que grata ilusión!

ISABEL. Si mis ensueños
tomasen forma..., si en mi afán pudiera...

GONZALO. ¿Y por qué no lograrlo? del Oriente
cede el poder, la cimitarra tiembla;
Granada cae ante el potente empuje
de Aragón y Castilla..., que en su Vega
reyes augustos la semilla arrojen
de hermoso fruto, que el progreso encierra,
y extendiendo doquier gigantes ramas,
dará al nacer á la razón la fuerza,
y del error cabe sus viejos muros
hará saltar las carcomidas puertas.

ISABEL. ¿Creéis que así será?

GONZALO. Sin duda alguna:
Boabdil, indeciso pide treguas,
y una vez los altivos agarenos
para siempre vencidos, á otra empresa
pueden marchar triunfantes y gloriosas
de Aragón y Castilla las banderas.

ISABEL. ¡Oh! si á mi esposo el rey, comunicarle

vuestro entusiasmo y vuestra fe pudiera...

GONZALO. A escucharme él á mí, ni un solo día
retrasara el asalto á las almenas
de la ciudad muslime.

ISABEL. El rey, muy pronto
de su excursión regresará á la Vega:
ama la gloria cual los dos la amamos;
mas une á su valor calma y prudencia,
y es preciso que aunemos los esfuerzos
para que busque solución enérgica
sin más vacilación.

GONZALO. Ese es mi voto.

ISABEL. Venid en tanto, quiero que en mi tienda
unidos ya con vos mis capitanes,
el suyo emitan con igual franqueza.
(Dirigiéndose á su pabellón á tiempo que sale de él Zoraya.)
¡Ah!... mirad...

GONZALO. (¡Ella es!)

ISABEL. Aquí aguardemos...
¡Pobre cautiva! su prisión me apena.

GONZALO. (Y á mí su vista.)

ISABEL. Si en su fe persiste
libre será, porque á Granada vuelva.

ESCENA VI

DICHOS, ZORAYA.

Música.

ZORAYA. Triste y sin albedrío
busco mi calma.

ISABEL. ¿A dónde vas?

ZORAYA. ¡La reina!
(Retrocediendo sorprendida.)

ISABEL. No huyas, aguarda.

ZORAYA. ¿Queréis atormentarme?

GONZALO. No lo pretende.

ZORAYA. ¡Ah! vos también... dejadme
llorar mi suerte.

ISABEL. Paloma que á tu nido
los ojos tornas,
libre eres si tu suerte
cautiva lloras.

GONZALO. Sultana que del alma
vertéis las perlas,
cese el amargo llanto
que os desconsuela.

ZORAYA. Paloma soy, que al nido
tornar deseo,
sultana de un amante
que ver anhelo.

ISABEL. Si á la fe, si á la gloria cristiana,
tú quisieras la vista volver,
yo en mi corte, un lugar te daría
y mi afecto sincero con él.

GONZALO. (Si á la fe, si á la gloria cristiana,
vos quisiérais la vista volver,
la esperanza naciera en mi pecho
que devora una angustia cruel.)

ZORAYA. Yo no puedo seguir vuestras leyes,
yo no puedo á mi Dios ser infiel,
que yo tengo en Granada mi dicha.
y mi patria y mi amor y mi fe.

ISABEL. ¿No cedes?

ZORAYA. No es posible.

ISABEL. Tu dicha perderás.

ZORAYA. ¿Por qué?

ISABEL. Porque tu patria
vencida mirarás.

ZORAYA. Jamás! Aláh protege
sus hijos y su ley.

GONZALO. Ceded, que Aláh no puede
sus hijos proteger.

ISABEL.
No más dudes,
no vaciles,
que mil bravos
á mi voz,
alzarán
sobre Granada
mi triunfante
pabellón.

GONZALO.
No más dudas,
bella mora,
que Granada
y su esplendor,
se hundirán
con sus mil torres
al estruendo
del cañón.

ZORAYA.
Yo no dudo,
no vacilo,
que mi patria
con honor,
vencerá
vuestra arrogancia,
triunfará
por su valor.

Hablado.

ISABEL. ¿Por qué así huyes de mi vista?
ZORAYA. ¿Queréis aumentar mi pena?
GONZALO. No penséis tal.
ZORAYA. ¡Vos también...
vos, por quien estoy sujeta...!
¡dejadme!
ISABEL. Si es que en Granada
tan sólo tu dicha encuentras,
eres libre, mas tus ojos
apartar de allí debieras,
dándote aquí noble puesto
el afecto de una reina.
ZORAYA. Vuestro afecto!
ISABEL. Sí, que atrae
mi corazón tu presencia,
y sólo siento que tu alma
se halle en el error envuelta.
Hazte cristiana! (Con acento suplicante y cariñoso.)
ZORAYA. ¡Cristiana!
GONZALO. Aceptad! noble es la idea
que la anima...
ZORAYA. Nunca!
ISABEL. Entonces
tu propia suerte desechas.
ZORAYA. ¡Cómo!
ISABEL. La patria en que fundas
tu orgullo, verás cual ceja

en breve al poder cristiano.

ZORAYA. Delirais!

ISABEL. ¿No ves la extensa
campiña, donde tremolan
las invencibles banderas
de mis tercios? Solo aguardan
sus jefes mi voz, y abierta
la lucha, su fin será
también el vuestro.

ZORAYA. Aún se alberga
la fe en mi pueblo...

ISABEL. Es ya inútil!

GONZALO. Ceded...!

ZORAYA. Imposible!

ISABEL. Piensa
que es tu salvación...

ZORAYA. ¡La mía!
os burláis...

FORTÚN. Señor...! (¡La reina!)

(Aparece con muestras de gran agitación por el foro derecha, y se detiene de pronto, respetuosamente, al reconocer á la reina.)

ESCENA VII

DICHOS, FORTÚN.

GONZALO. ¡Fortún!

ISABEL. ¿Qué hay?

FORTÚN. Si lo permite
su alteza... Há poco, al salir
acompañando á unas gentes
algo... pues!

GONZALO. Acaba!

FORTÚN. Fuí,
pasado el campo, tras ellas
un buen espacio, y al ir
á tornar, noté unos grupos
de moritos, que hacia aquí
con gran cautela sus pasos

dirigían... «¡Por San Luis!
—dije para mí—algo buscan
y no es cosa baladí...
¡Fortún!—proseguí diciendo
para mi capote—á tí
te cumple hoy prestar servicios
á la reina y al país;
ánimo pues!» y animándome
como lo dije, seguí,
me arrastré sobre la hierba
como serpiente sutil,
y me aproximé á los grupos
hasta poderlos oir,
y escuché el jámela, jámela,
que por éstas no entendí:

(Cruzando los dedos, haciendo con la mano la señal de la cruz y prosiguiendo con creciente rapidez.)

y atuféme, y renegando
de su jerga y su latín,
pegué un brinco, solté un voto,
(por supuesto, para mí),
y jurando (siempre aparte)
de esos perros ver el fin,
emprendí la retirada
y hacia el campo me volví,
procurando no hacer ruido...
para poderlo decir.

ISABEL. ¿Qué pensáis?

GONZALO. Si vuestra alteza
lo tiene á bien, ire allí
yo mismo á observar...

ISABEL. Y yo!

GONZALO. ¡Señora!

ISABEL. Quiérolo así:
¿no me dais parte en la gloria
cuando triunfáis en la lid?
pues también debo en los riesgos
tomarla.

FORTÚN. (¡Voto á cien mil!
con una reina como esta

se vence al mundo.)

ISABEL. Venid,
y en el recinto, mis guardias
se nos unirán... (Dirigiéndose hacia el foro derecha.)

GONZALO. Tú, ahí
queda preparando...

FORTÚN. Entiendo;
si acaso hay que sacudir...
(Entrando en la tienda de Gonzalo.)

GONZALO. ¿Cederéis? (Al salir, aparte, á Zoraya.)

ZORAYA. Callad!

GONZALO. (Es fuerza
que mi sino he de cumplir!)
(Siguiendo á la reina.)

ESCENA VIII

ZORAYA.

Se acercan fieles... se acercan,
(Recorriendo la escena vacilante y con gran agitación.)
y han sido ya descubiertos...,
y con el cristiano avanza
la destrucción... y no puedo...,
y tal vez él... ¡ah!
(Lanzando un grito de júbilo y sorpresa, al ver á Hassém que aparece por el primer término de la izquierda.)

ESCENA IX

ZORAYA, ABEN-HASSÉM.

HASSÉM. ¡Zoraya!

ZORAYA. ¡Hassém! eres tú...

HASSÉM. Mi cielo!
luz de mis ojos!

ZORAYA. Temía
no verte más, pero, tiemblo;
¿cómo has podido...?

HASSÉM. La noche,

con sus sombras, ha cubierto
mi venganza!

ZORAYA. Hassém!

HASSÉM. Seguido
por mis mejores guerreros,
mientras algunos llamaban
la atención del campamento
por un lado, yo, avanzando
cauteloso y sin aliento
por sitio opuesto, á unos haces
de paja he prendido fuego,
y antes de mucho, en las llamas
serán rápidos envueltos
los pabellones.

ZORAYA. ¡Qué dices!

HASSÉM. La verdad.

ZORAYA. ¡Oh! yo no acierto...
eso es horrible!

HASSÉM. ¿Y acaso
no lo es más talar el reino,
y arrebatar nuestras vidas,
nuestra fe, nuestro sosiego?

ZORAYA. Siempre sangre!

HASSÉM. Entre malezas,
por la oscuridad envuelto,
he podido tras las tiendas
retroceder, fiel mi anhelo
me guió..., mientras la alarma
cunde en el campo, podemos
huir...

ZORAYA. Pero...

HASSÉM. ¿A qué vacilas?

ZORAYA. Hassém!

HASSÉM. Vamos...

ZORAYA. Hay momentos
en que dudo, en que mi mente
contempla horizontes nuevos,
donde la luz es mas clara,
donde se aspira un aliento
más suave, donde las almas,

con inefable sosiego,
libres de lazos mundanos,
adoran á un Ser eterno
que no es Aláh, que es...

HASSÉM. Zoraya!

ZORAYA. El Dios de los nazarenos!

HASSÉM. ¡Ah! tú blasfemas!

ZORAYA. ¡Si vieras!
yo lucho... al hallarme entre ellos,
á mi corazón hablaron
de un modo...

HASSÉM. Infames!

ZORAYA. No puedo...
mira; dicen que su Dios
manda perdonar los yerros,
y olvidando las injurias
dar dulce calma á los pechos...
que en vez de venganzas, pide
misericordia...

HASSÉM. Todo eso
te han dicho!

ZORAYA. Sí.

HASSÉM. Y tú...

ZORAYA. He negado,
he resistido, mas temo...

HASSÉM. ¡Oh! algún filtro te habrán dado
para hechizarte..., marchemos
de aquí...

ZORAYA. Hassém!

HASSÉM. Ya no me amas!

ZORAYA. Que no te amo! ¡ah! qué tormento
es tu duda!

HASSÉM. Pues entonces,
¿cómo sus frases pudieron
herirte? ¿Cómo no miras
que mi vida se halla en riesgo
en este instante?

ZORAYA. ¡Ah! tu vida...

(Acercándose vivamente á él, desechando todas las demás ideas, y con expresión delirante de cariño.)

corramos..., delirio ciego
mi razón ha trastornado
fugaz, pero ya tu acento
me vuelve la luz..., por tí,
por tu suerte, por tu inmenso
cariño, turbada, loca,
me extravío... ven! no hay tiempo
(Con exaltación creciente y asiéndole de las manos.)
que perder... ¿oyes? un toque...
(Al escuchar un toque lejano y breve de corneta.)
tal vez anuncie siniestro
tu muerte! ¡huye!
(Arrastrándole frenética hacia el primer término de la izquierda.)

HASSÉM. ¡Me he vengado!
(Con expresión de feroz alegría, y luego con supersticiosa adoración.)
¡Aláh, es grande!
(Desapareciendo con Zoraya por el bosque de la izquierda.)

ESCENA X

FORTÚN.

(Sale rápidamente de la tienda de Gonzalo; se acerca un momento á mirar hacia el sitio por donde han huido ambos amantes; vuelve al centro de la escena, y después de pronunciar la frase que sigue, desaparece corriendo por el último término de la izquierda, subiendo el sendero que conduce á la ciudad.)

¡Aláh, es pequeño!

ESCENA XI

ISABEL, GUARDIAS-HIDALGOS.

ISABEL. Quieren con alardes vanos
nuestro reposo turbar...
cuando se les fué á buscar
huyeron como villanos.

Sin duda esperan la suerte
de hallar al león dormido,
y al escuchar su rugido
temen encontrar la muerte.
Podéis de nuevo ocupar
los puestos...

(Dirigiéndose á los guardias-hidalgos, que permanecen á cierta distancia.)

(Se oye á lo lejos el toque de generala.)

¡Otra algarada!
presumo que esta jornada
con sangre va á terminar.

(Con energía, dirigiéndose hacia el fondo, al propio tiempo que aparece Gonzalo por el mismo punto.)

ESCENA XII

DICHOS, GONZALO.

GONZALO. Señora!
ISABEL Y bien...
GONZALO. Al volver
tras la alarma de un momento,
quise todo el campamento
por previsión recorrer.
Doquier la calma nacía,
y en su puesto cada cual,
de mi inspección general
satisfecho me volvía;
cuando mirando en redor
de unas tiendas apartadas,
ví las formas alumbradas
por un vivo resplandor.
ISABEL. ¡Ah! seguid... (Con febril impaciencia.)
GONZALO. Llegué, y corrían
por allí varios soldados
que, á los puestos avanzados
la voz de alarma cundían.
El resplandor continuaba...
no había duda posible;
era un incendio terrible
que airado el viento aumentaba.

GUARDIAS. ¡Un incendio!

(Con movimiento general de sorpresa y de inquietud.)

ISABEL. No alarmar
en vano! (Dominando su emoción.)

GONZALO. Por desventura,
es una alarma segura
que no se puede evitar.
Ya sea azar, ó traición,
el siniestro es evidente,
y tal, que hay riesgo inminente
en vuestro real pabellón.
Generala hice tocar
al punto, y aquí he volado...

(Se oye otra vez, y más próximo, el toque de generala.)

GUARDIAS. ¡Ah!

(Agrupándose todos por un impulso espontáneo en torno de la reina, en actitud de defenderla.)

ISABEL. ¿Escucháis? No es á mi lado
donde os debéis agrupar.
No es una débil mujer
la que os manda y acaudilla,
es, Isabel de Castilla,
acostumbrada á vencer.
Y si el rey moro, en persona
llegara hasta mí pujante,
tendría esfuerzo bastante
para abatir su corona!
¡A vigilar, y acudir
al peligro con presteza!

(Dirigiéndose á los guardias, con creciente serenidad y energía.)

GUARDIAS. ¡Viva la reina! (Con un grito de entusiasmo.)

GONZALO. Su alteza
debe salvarse...

(En este instante se oye una explosión lejana y comienza á iluminarse con viva luz el fondo del campamento, á la vez que salen desordenadamente, del pabellón de la reina y tiendas inmediatas, multitud de damas, guerreros, escuderos, pajes y soldados.)

ISABEL. ¡O morir!

(Con perfecta tranquilidad y acento y ademán resueltos.)

ESCENA XIII

ISABEL, GONZALO, DAMAS, GUERREROS, GUARDIAS-HIDALGOS, SOLDADOS, PAJES Y ESCUDEROS.

Música.

C. DE HOMBRES. A las armas, á las armas!
C. DE DAMAS. Fuego! auxilio!
(Colocándose al lado de la reina.)
GONZALO. Una explosión!
ISABEL. Algún parque habrá volado,
acudid sin dilación.
GONZALO. Con la venia de su alteza
voy las órdenes á dar.
ISABEL. Id, Gonzalo, en vos confío,
nadie llegue á desmayar.
C. GENERAL. Ya la reina en el confía,
nadie llegue á desmayar.

GONZALO. Recorran los cuarteles
todos los capitanes,
y saquen á las tropas
al punto en pelotón.
(Dirigiéndose á un grupo de guerreros, que figuran ser jefes ó caudillos.)
C. GENERAL. Atención, atención.
GONZALO. Fuera del campamento
despliéguense en batalla,
y queden arma al brazo
en recta formación.
C. GENERAL. Atención, atención.
GONZALO. En breve quede aislado
el parque de artilleros,
y que las baterías
estén en posición.
C. GENERAL. Atención, atención.
(La luz que ilumina el fondo del campamento adquiere mayor intensidad.)
GONZALO. Seguidme, ya el incendio

se extiende á todas partes...

(Saliendo rápidamente por el fondo, seguido del grupo de guerreros; en el mismo momento se deja oir más inmediata una nueva detonación.)

C. DE HOMBRES. ¡Fuego!

C. DE DAMAS. ¡Jesús!

VOZ FUERA. ¡Alerta!

VOCES FUERA. Alerta en el cordón!

ISABEL. Seguid, seguid sin tregua,
atájese el incendio,
los pechos varoniles
que prueben su valor.

(A los guardias, soldados, pajes y escuderos, que salen sucesivamente por el fondo.)

CORO. Viva la reina, viva,
atájese el incendio,
los pechos varoniles
que prueben su valor.

ESCENA XIV

ISABEL, DAMAS.

ISABEL. Si el campamento reduce á cenizas
del enemigo la saña mortal,
de sus escombros hará que se eleven
muros de piedra, mi fe sin igual.

Siga incesante, Granada, la guerra,
tu media luna á mis plantas veré,
nada me arredra, en mi férvido anhelo,
noble es la empresa, constante mi fe.

De Dios el santo nombre
elevaré triunfante,
trocando las mezquitas
en templos del Señor.
Que brilla en mi diadema,
con célicos albores,
la luz que eclipsa fúlgida
idólatra esplendor.

C. DE DAMAS. De Dios el santo nombre
elevará triunfante,
trocando las mezquitas
en templos del Señor.
Que brilla en su diadema
con célicos albores,
la luz que eclipsa fúlgida
idólatra esplendor.

—

Hablado.

ISABEL. Antes que á inícua traición
ceder su noble bandera,
vencerá Isabel primera
por Castilla y Aragón!
Guerra á muerte! no esclavizas,
Granada, mi voluntad;
yo elevaré una ciudad
sobre un montón de cenizas!

(Aparece Fortún, bajando el sendero del tercer término de la izquierda con algunos soldados, y conduciendo prisioneros á Zoraya y Aben-Hassém.)

Aguardad! voy á velar
por mis bravos campeones...

(Volviéndose y observando á los que penetran en la escena.)

¡Ah! ¿qué es eso?

FORTÚN. Dos pichones
que se echaron á volar.

—

ESCENA XV

ISABEL, DAMAS, FORTÚN, ZORAYA, ABEN-HASSÉM, SOLDADOS.

Música.

HASSÉM. ¡Oh! que oprobio!

ZORAYA. Triste suerte!

ISABEL. Tu lenguaje aclara más.
FORTÚN. Son, señora, los autores
de esta hazaña sin igual.
En la tienda del alcaide,
mi señor, logré escuchar
sus proyectos, y la pista
los seguí sin vacilar.
ISABEL. Pronto, acaba.
FORTÚN. Yo conozco
los atajos que hay que andar,
y llamando á unos soldados,
en los límites del Real,
con astucia, á los incautos
los pudimos apresar.
ISABEL. Yo te haré á tí caballero
por tu acción.
FORTÚN. No hay dicha igual,
(caballero, y sin dinero,
que buen mozo voy á estar!)
ZORAYA. Por él la gracia pido.
HASSÉM. No implores compasión,
segura mi venganza,
no temo su furor.
C. DE DAMAS. La mora inspira lástima.
C. DE SOLDADOS. El moro es de valor.
ISABEL. Tenedlos bien seguros,
al fuego corro yo,
después, de su delito
tendrán la expiación.

(Suena una nueva explosión y aparece Gonzalo, seguido de guardias, guerreros, pajes y escuderos.)

ESCENA ÚLTIMA

ISABEL, ZORAYA, DAMAS, GONZALO, ABEN-HASSÉM, FORTÚN, GUERREROS, GUARDIAS, SOLDADOS, PAJES Y ESCUDEROS.

C. DE DAMAS. Que horror!
C. DE HOMBRES. Fuego!
GONZALO. Deténgase
su alteza.

ISABEL. ¿Qué decís?
GONZALO. El fuego es ya imposible
señora de extinguir.
ISABEL. Y dónde los soldados
dejáis...
GONZALO. La orden ya dí,
y todos arma al brazo
prontos á combatir,
libres están, y á salvo
del Real en el confin.
ISABEL. Mirad los dos culpables,
mi enojo han de sentir.
GONZALO. ¡Cielos! los dos!

(Con inmensa expresión de sorpresa, sentimiento y celos, quedando algunos instantes completamente abatido.)

HASSÉM. No temo,
vengado estoy al fin.

ISABEL. Si se arruina el campamento,
no menguó la bizarría;
ved, marqués, si hay todavía
(Dirigiéndose á uno de los caudillos.)
municiones que emplear,
y mandad se rompa el fuego
de cañón sobre Granada,
nuestra gloria está empeñada;
fuego! fuego sin tardar!

(El caudillo aludido hace una reverencia y se retira vivamente por el fondo.)

C. DE DAMAS. El de Cadiz va hacer fuego
de cañón sobre Granada.
C. DE HOMBRES. Nuestra gloria está empeñada;
fuego! fuego sin tardar!
ISABEL. Al nacer el nuevo día,
tras de su duro escarmiento,
contará el primer cimiento
la ciudad de Santa Fe.
Que sus muros atestiguen
del muslím la torpe saña;

por la gloria de la España
con sus hijos venceré!

(Se oye el primer cañonazo y continúan los disparos á intervalos hasta el final del acto.)

CORO. Fuego! ¡viva la reina!
ISABEL. Del triunfo es el albor.
HASSÉM. Ya es nula mi venganza,
la reina me venció.
CORO. Fuego! ¡viva la reina!
del triunfo es el albor,
ya es nula su venganza,
la reina le venció.

—

ZORAYA. Su suerte el alma llora,
que el triste corazón,
en él vió su esperanza,
su dicha y su ilusión.

—

HASSÉM. Los hierros del cautivo
impiden á mi ardor,
que por salvar la patria
sucumba con honor.

—

GONZALO. Su llanto no me apena,
mi bárbaro dolor
tan sólo excitar pueden
los celos del amor.

—

FORTÚN. Al verme hecho un hidalgo,
luciendo mi primor,
los ojos de las bellas
tras mí llevaré yo.

—

ISABEL. No mporta ver cual arde
mi propio pabellón,

si á mi acento responden
los ecos del cañón.

—

C. GENERAL. No siente ver cual arde
su propio pabellón,
si á su acento responden
los ecos del cañón.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Teloncillo. Sala de paso en una prisión militar de la ciudad de Santa Fé.
A la derecha entrada y reja de un calabozo; á la izquierda puerta que abre paso al exterior.

ESCENA PRIMERA

RELIGIOSOS, SOLDADOS Y CARCELEROS.

Durante un corto período la escena estará sola, escuchándose la plegaria que resuena en el interior del calabozo.

CORO DE RELIGIOSOS

Oremos, oremos
por el pecador,
que al reo ilumine
la gracia de Dios.
(Se oye el toque de agonía.)
Pidamos al cielo
le dé contrición,
y luego en su gracia
le admita el Señor.

(Se repite el toque; la puerta del calabozo se abre y aparece una larga fila de religiosos, soldados y carceleros; uno de éstos cierra nuevamente la puerta y todos atraviesan la escena, saliendo por el lado opuesto.)

ESCENA II

FORTÚN.

Hablado.

Dejadme pasar... ¡belitres! (Desde fuera.)
Soy Fortún... ¿me conocéis?

vengo á esperar al alcaide
de Donceles... ¡Voto á cien...! (Entrando.)
nunca he visto tanto fraile
reunido, ya se ve,
como á ese diablo de moro
le van á cortar ¡pardiez! (Señalando al pescuezo.)
pero irle con letanías
á un mozo de su jaéz...
si hubieran sido versículos
del Korán... diantre de ley
que sigue esa gente! El pobre
(Acercándose á mirar por la cerradura de la puerta.)
antes de dos horas... ¡pues!
(Viniendo al centro de la escena.)
Y la verdad es que á mí
me debe el trance cruel...
yo le cogí... sí, yo mismo,
por sorpresa, y cuando sé
que van á cortarle... vamos,
parece que aquí en la nuez
tengo un nudo... es que lo siento,
sí, señor, lo siento ¿y qué?
yo daré de cuchilladas
á veinte moros, y á cien
en campo raso, pero ir
y llevarle como un buey
al matadero... ¡mil rayos!
eso es cosa... creo... á ver...
(Escuchando y acercándose en seguida hacia la puerta de entrada.)
¡gracias á Dios! ya está ahí;
temí retrasarme... El es
generoso, y yo confío...
(Separándose con prontitud del lado de la puerta al ver entrar á Gonzalo.)
¡Que Dios me saque con bien!

ESCENA III

DICHO, GONZALO.

GONZALO. Hora es ya... ¡Fortún!
(Con sorpresa y enojo al reparar en él.)
FORTÚN. ¡Señor!
GONZALO. ¿Qué haces aquí?
FORTÚN. Yo venía...
GONZALO. He dicho que nadie pase
á este lugar!
FORTÚN. (¡Santa Rita
me valga!) Señor... hay casos...
yo he burlado la consigna...
me valí de vuestro nombre
para entrar...
GONZALO. Por vida mía!
FORTÚN. Castigadme! bien conozco
que es justo, pero no quita...
yo quisiera suplicaros
una merced...
GONZALO. Otro día
te escucharé; tengo el tiempo
tasado.
FORTÚN. Es que corre prisa
mi asunto. (Dominando su temor.)
GONZALO. Fortún!
FORTÚN. Presente!
GONZALO. Apártate de mi vista!
FORTÚN. Ya voy, pero... (Sin moverse de su sitio.)
GONZALO. Vive Dios!
FORTÚN. (Me está haciendo unas cosquillas...)
(Lo suelto, no hay más!) Señor,
aunque me quiten la vida
también, yo no puedo irme
sin decir lo que traía
á este sitio...
GONZALO. Y bien! (Con impaciencia.)
FORTÚN. Yo os amo

como á mi padre; á mi vista
sois un Dios por lo magnánimo
y por lo noble...

GONZALO. Termina!

FORTÚN. Ya sabéis que á mí su alteza
juzgando mi acción muy digna
cuando lo del moro, quiso
hacerme hidalgo, y que oídas
mis súplicas, concedióme
cambiar la tal hidalguía
por unos maravedises
para mi pobre familia,
á quien serían más útiles
que pergaminos y cifras.
La verdad, á mí jamás
me ha tentado la codicia
y solo el pan de mis hijos
buscaba, pero aquí fija
tengo señor desde entonces
clavada una aguda espina.
Yo cogí al moro yo fuí,
por creer que así servía
á mi patria; ¡Dios lo sabe
que me escucha! pero asina
que he visto al pobre juzgado,
condenado y en capilla,
y pienso que en breve plazo
cual si fuera una gallina
le cortarán el pescuezo
ó cosa así... ¡por mi vida!
paréceme que ese pan
de mis hijos es acibar,
paréceme que yo soy
un Judas y que la dicha
se me acaba... ¡no! renuncio
al dinero que la vida
paga de un hombre... mejor
quiero verme sin camisa,
pobre y repobre, que al cabo
tendré la conciencia limpia,

y vale más la pobreza
honrada, que la hidalguía,
y que todas las monedas
que se acuñen en Castilla!

GONZALO. Bien, Fortún, ya sé que eres
honrado, mas... (Haciendo ademán de separarse.)

FORTÚN. Me precisa
decirlo todo, señor,
es cierto que fué heregía
lo del incendio, pero ello
fué también valor...

GONZALO. No sigas...

FORTÚN. Eso es que vos lo juzgáis
lo mismo, sí, bien creía...
además, que, sin la quema
del campo, sobre sus ruinas
no hubiéramos levantado
esta ciudad, donde á vista
de Granada, su poder
nuestras tropas desafían.

GONZALO. Pero, por fin...

FORTÚN. Ahora llego
á mi objeto; si en justicia
pensáis que ese desgraciado
merece piedad, y ainda
queréis á mí devolverme
la paz y calma perdidas,
señor, vos que con la reina
tenéis influjo, pedidla
el perdón del pobre reo,
y con el alma tranquila
mis bendiciones, señor,
os daré toda mi vida!

GONZALO. Buen Fortún! tú no has querido
ser noble, pero ya abrigas
en tu corazón nobleza...

FORTÚN. Ah! ¿y consentís?...

GONZALO. No me exijas...
no puedo ahora...

FORTÚN. Es que dentro

de dos horas, la cuchilla
impedirá...

GONZALO. Antes de media
espero yo decisiva
una señal.

FORTÚN. Pero...

GONZALO. Déjame
y espera...

FORTÚN. Señor!

GONZALO. Suplica
en tanto, á Dios, que la nueva
que aguardo sea propicia
y entonces...

FORTÚN. Entonces...

GONZALO. Basta!

FORTÚN. Oh! mi corazón confía
en vos; no olvidéis mi ruego!
mi sangre es vuestra, y mi vida,
adhesión debo á mi reina,
mi voluntad no vacila,
pero... ¡dejadme que ese oro
sino le salváis, maldiga!
(Con profunda emoción y alejándose rápidamente.)

ESCENA IV

GONZALO.

Ahí está! horrible le asalta
(Acercándose un momento á la prisión.)
de la agonía el martirio;
yo también tengo en el alma
la agonía... yo vacilo...
¡su vida! ¡la vida de ella!
¡mi amor!... ¡tormento inaudito,
lucha espantosa, que mata
la voluntad y el espíritu!
Y esa señal que anhelante
espero y temo, á mi oído
llegará en breve, tal vez

de sangrienta guerra indicio,
ó tal vez fin del heróico
poema de tantos siglos.
Mi felicidad, mi acerbo
desengaño... ah! yo deliro...
esa mujer ha trocado
mi existencia en un suplicio,
han dado fuego á mi sangre
sus miradas, sus hechizos...
¡y ella no me ama! no debo
esperar... y aun he querido
dar el postrer paso, hacer
inmenso mi sacrificio
viéndola de nuevo y viendo...
¡oh! ya llega... se ha cumplido
mi orden... el pecho destroza
cruel angustia... ¡Dios mío,
dadme, si mi amor sucumbe
las fuerzas que necesito!

—

ESCENA V

DICHO, ZORAYA.

Música.

ZORAYA. ¿Qué otra nueva desventura
me conduce á este lugar?
GONZALO. Yo, Zoraya os he llamado...
ZORAYA. ¡Mi verdugo! atrás! atrás!
GONZALO. Sois injusta; esas palabras
no debiérais pronunciar.
ZORAYA. Vos mi dicha habéis trocado
por tortura sin igual.
GONZALO. Y yo al veros he perdido
alma y vida y voluntad.

—

ZORAYA.

En calma yo vivía
gozando dicha pura,
cuando la suerte mía
cambióse en desventura.
De vuestra audacia víctima,
tan solo en mi sufrir
anhela triste el ánimo
la dicha de morir.

GONZALO.

En calma yo vivía
cuando vuestra hermosura,
hiriendo el alma mía
labró su desventura.
De vuestro enojo víctima,
más duro es mi sufrir,
porque mi patria védame
la dicha de morir.

—

ZORAYA. Sangriento es el sarcasmo
de tan mentido amor.
GONZALO. Zoraya, yo os lo juro,
vuestro es mi corazón.
ZORAYA. Por eso su cariño
se goza en mi dolor.
GONZALO. Zoraya!
ZORAYA. De mi amante
si el triste fin llegó,
queréis que ahora presencie
su horrible ejecución.
GONZALO. Callad!
ZORAYA. Volvedme al punto
la vida con su amor,
ó á un solo golpe airado,
matadnos á los dos.

—

GONZALO.

En vano yo pretendo
que de pasión tan pura,
vea la llama ardiente
que el pecho ha de abrasar.
Terrible es mi destino,
niega mi amor inmenso,
cuando ahora su grandeza
podría demostrar.

ZORAYA.

En vano con su anhelo
pretende amor probarme,
mientras mi pecho triste
tortura sin piedad.
Terrible es mi destino,
cautiva, el alma llora,
cuando al amante nido
quisiera ella volar.

—

Hablado.

GONZALO. Zoraya! (Con dulce expresión, acercándose á ella.)

ZORAYA. Me habéis llamado
(Retrocediendo un paso.)
y hasta aquí me han conducido...
¿acaso ya decidido
mi porvenir ha quedado?
Cautiva, triste, oprimida
de ley al fallo severo,
en vano el momento espero
de hallar libertad perdida.
Del Real sobre la ceniza
he visto alzarse, triunfante,
esta ciudad, que arrogante
vuestro orgullo patentiza.
De mi patria en triste son
los ecos á mí han venido,
y otros ecos han herido
mi angustiado corazón.
Ellos el cruel destino
de mi amante han señalado,
mostrándome, ensangrentado
con sus huellas, mi camino.
Aquí estoy... ¿vuestro rigor
con mi desgracia es tan duro
que anheláis ver cual apuro
la copa de mi dolor?
¿Pensáis que mi amante aquí
venga á darme adiós postrero,
y oir el ay lastimero
de mi ardiente frenesí?
¿O creéis que mi aflicción
no es á vuestro odio bastante,
y queréis, que aun, espirante,
presencie su ejecución?
¡Ah! no hagáis ya prolongar
de tal suerte la agonía!...
¡Un solo golpe podría
inmolarnos á la par!

GONZALO. ¡Qué mal de mis intenciones
juzgáis!
ZORAYA. Callad!
GONZALO. Dura suerte!
ZORAYA. ¿No os debo yo á vos la muerte
de mis caras ilusiones?
¿No perdí por vos la calma
y su apacible dulzura?
¿No perdí por desventura
toda la dicha del alma?
GONZALO. ¿Y vos no miráis que tales
frases, en dolor deshecho,
siento clavarse en mi pecho
como acerados puñales?
¿Y no veis que por mi mal
sentí de amor viva llama,
que á vuestra vista se inflama
con un impulso fatal?
¿Que al adoraros así
mi vida diera anhelante,
por solo un suspiro amante
que vos lanzárais por mí?
ZORAYA. En tal ocasión hablar
de amor, es horrible ultraje;
¡mi desgracia, ese lenguaje
va cobarde á profanar!
GONZALO. Es que el alma puede apenas
contener de amor el grito,
porque es mi amor infinito
para ponerle cadenas.
Por eso no halla en el pecho
que le encerraba, cabida,
y buscando nueva vida
se desborda á mi despecho.
Aceptadlo y al confín
de la dicha he de llevaros,
pedidla y sabré forjaros
una ventura sin fin.
Amadme y os daré gloria,
y conquistando doseles

seréis sobre sus laureles
la reina de la victoria.
Y en mi escudo vencedor
veréis vuestro amante emblema,
y uniré á vuestra diadema
la diadema del amor.
Amadme y mirad la luz
que irradia eternos amores,
brotando, en vivos fulgores,
del pedestal de la cruz.
De esa cruz que en tiernos lazos
une, y con amor profundo
parece que quiere al mundo
amparar entre sus brazos!
Sed cristiana! el dulce anhelo
sentiréis de esa fe santa,
que al pobre mortal levanta
para aproximarle al cielo.
Sentiréis que más y más
del alma la vida extiende,
y un amor en ella enciende
que no se extingue jamás.
Un amor que irá hasta vos
ensalzado, engrandecido,
porque ese amor es nacido
de la sonrisa de Dios!

ZORAYA. ¿Y no decís los cristianos
que ese Dios Omnipotente
manda amar al delincuente
como á los demás hermanos?
Pues alumbrad mi razón
con una prueba notoria...
dejadme admirar su gloria
dando á mi amante el perdón.

GONZALO. Oh! siempre él!

ZORAYA. Sí!

GONZALO. ¿Y no sabéis
que el crimen le ha condenado?

ZORAYA. ¿Es decir que está juzgado,
que sin piedad le heriréis?

GONZALO. En Santa Fé reunido
un consejo extraordinario,
como convicto incendiario
su sentencia ha decidido
unánime...

ZORAYA. Ah! y la esperanza
debo perder! y se inmola
á vuestro odio!

GONZALO. A la ley sola!

ZORAYA. A la ley de la venganza!

GONZALO. Oh! callad...

ZORAYA. Sí; callaré...
mi vida se va extinguiendo...

(Con voz desfallecida, perdiendo todo su valor; en este momento se escucha un lejano redoble de tambores.)

¡Oh! ¿qué es eso? ¿estáis oyendo?

(Con desgarrador acento.)

¡irán á buscarle!

GONZALO. A fe

(Con extraordinaria inquietud)

que ignoro... (¡angustia indecible!
¿qué va á decidirse ahora?)

ZORAYA. Ah! os turbáis... llegó la hora...
llegó el instante terrible!

GONZALO. Calmáos!

(Procurando disimular su zozobra y dirigiéndose á la puerta de salida.)

ZORAYA. ¡No, no os vayáis!

(Con expresión de espanto.)

GONZALO. Quiero ver...

ZORAYA. ¡Queréis dejarme
aquí sola y encerrarme
mientras allí le matáis!

GONZALO. Deliráis! ¿acaso aquí
no lo viérais vos primero
si así fuera?

ZORAYA. Oh! él... no quiero

(Palpitante de angustia.)

comprender... él...

(Dirigiendo la vista extraviada en torno suyo.)

GONZALO. ¡Está allí!

(Señalando la puerta del calabozo.)

ZORAYA. Allí! está allí... ¡y no he sabido!...

(Con acento delirante de pasión.)

¡Hassém! ¡Hassém!

(Con un grito del alma, corriendo hacia la entrada de la prisión.)

GONZALO. (¡Va á obligarme!...)

(Profundamente conmovido.)

ZORAYA. Oh! no se abre... ¡esto es matarme!

(Haciendo desesperados esfuerzos para abrir la puerta.)

GONZALO. (No puedo más!)

(Con voz ahogada por la emoción, saliendo rápidamente por la puerta de la izquierda.)

ZORAYA. ¡Ya se ha ido!

(Volviendo la cabeza para implorar su ayuda; al encontrarse sola vuelve al centro de la escena con indecible terror.)

¡Me engaña! ¡el ronco tambor
su muerte estaba anunciando!

GONZALO. Tomad!

(Volviendo á aparecer con la mayor agitación y entregándola la llave con ademán convulsivo.)

ZORAYA. Ah!

(Con inmensa expansión de júbilo, apoderándose de la llave y lanzándose de nuevo hacia la puerta del calabozo, que trata de abrir sin poder conseguirlo, por su fuerte excitación.)

GONZALO. ¡Me está matando
y no observa mi dolor!

(Quedando inmóvil, con amargo acento, y profundamente abatido.)

ZORAYA. Oh! abrid... no puedo! mi mano
vacila y torpe no acierta...

(Con desesperada y entrecortada expresión, volviéndose un momento hacia Gonzalo y continuando en sus tentativas.)

ah! ya cede... ¡ya está abierta!

(Con un grito de alegría, abriendo la puerta por la que aparece Hassém.)

HASSÉM. Zoraya! (Con delirante acento de cariño.)

ZORAYA. ¡Hassém! (Arrojándose en sus brazos.)

HASSÉM. ¡El cristiano!

(Viendo á Gonzalo, con acento trémulo de ira y dando un paso hacia él.)

ESCENA VI

DICHOS, ABEN-HASSÉM.

ZORAYA. ¿Dónde vas? ¿no ves que anida
el alma en tan dulces lazos?
(Deteniéndole cariñosamente.)

GONZALO. (¡Ha saltado hecho pedazos
el ídolo de mi vida!) (Con profunda amargura.)

HASSÉM. El alma! ¿pero no ves
que el alma á volar se apresta,
que una sentencia funesta
abre el abismo á mis pies?

ZORAYA. ¡Al mirarte dí al olvido
nuestra amarga desventura!

HASSÉM. ¡Y yo sed de sangre impura
al encontrarle he sentido!
(Dirigiéndose nuevamente hacia Gonzalo.)

ZORAYA. Hassém!

HASSÉM. Deja que á su faz
arrojar mi encono pueda,
cuando de vida me queda
un solo instante fugaz. (Acercándose más á él.
Deja que llegue aun á oirme
el que mi dicha robaba,
mientras sus frailes mandaba
que fueran á convertirme.

GONZALO. Insensato!... (Esa señal...
(Volviéndole la espalda, dirigiéndose un momento hacia la puerta y recorriendo la escena con gran ansiedad.)
¿será el sacrificio vano?...)

HASSÉM. Oh! ya ves... se niega insano
á escucharme... odio mortal
hacia él me impulsa...
(Acercándose otra vez á Gonzalo.)

ZORAYA. Detente!
¿no sabes que antes me ha oído
y que su saña ha cedido
viendo mi dolor vehemente?

Deja que llegue hasta él,
Hassém, mi voz suplicante...
y vos... vos, que hace un instante
dando tregua á mi cruel
dolor, con triste consuelo
le ofrecéis breve reposo,
¿por qué noble y generoso
no afirmáis el bien que anhelo?
¿Por qué vos, que tanto vuestra
religión preconizáis,
de su caridad no dais
á mis ojos clara muestra?
Ah! Conseguid que no vibre
el rayo que ha de matarle...
pedid por él, perdonadle,
conseguid que él sea libre,
Y si tal dicha alcanzáis
yo vuestra esclava seré,
y ciegamente creeré
en ese Dios que adoráis!

HASSÉM. Basta ya! no puedo en calma
sufrir tu impiedad!...

(Apartándola con violencia.)

GONZALO. ¿Qué hacéis?

(Rechazándole á su vez.)

HASSÉM. Cristiano!

GONZALO. No la quitéis
la salvación de su alma!
Dejadla que nombre á Dios...

(Atrayéndoles á primer término y colocándose en medio de éllos.)

¿sabéis lo que Dios ha hecho?
Que yo borrara del pecho
mi saña inmensa hacia vos.
Que oyendo el precepto santo
de la caridad bendita,
tras una lucha inaudita
viniera á enjugar su llanto.
Que con inmenso valor
su dicha tan solo viendo,

pensara darla, muriendo
la mayor prueba de amor.
Y que por lograrla así,
á mi reina, á cada instante,
se la pidiera anhelante
para ofrecérsela aquí.

HASSÉM. ¿Y esa prueba?...

GONZALO. Conseguir
que una siniestra figura
de la ley, su mano impura
no os pudiera dirigir.
Que no os hiriera jamás,
con implacable instrumento,
ese sér á cuyo acento
camina el mundo hacia atrás,
Y que un día, el fraternal
progreso rompiende el yugo,
pasará, de ser verdugo,
á ser vergüenza social!

ZOBAYA. Ah! yo dudo... vos... (Con febril ansiedad.)

GONZALO. Pedía
su libertad, la buscaba...
y á la reina suplicaba
que evitase su agonía.

HASSÉM. Vos... vos...

GONZALO. Sí; yo de mi amor
no podía emanciparme,
quería en vano librarme
de su fuego abrasador.
Y en la fiebre que mortal
mis venas enardecía,
el bálsamo apetecía
de ventura sin igual.
Si ella me hubiera otorgado
su amor, bien sábelo Dios!
á vos, y á cien como vos
se la hubiera disputado.
Mas, con cualquier solución
yo anhelaba que viviérais,
para que en mí solo viérais

nobleza en el corazón.
Ya la esperanza murió,
cede á su dicha el delirio...
¡lo grande de mi martirio
solo lo conozco yo!

ZORAYA. Ah! (Con emoción.)

HASSÉM. Cristiano!

(Receloso aun, pero sintiéndose subyugado por las palabras de Gonzalo.)

ZORAYA. Mas la calma
aun vuestra voz no asegura...
(Sintiendo renacer su inquietud.)

GONZALO. Oh! ¿quién sabe la amargura
que está reservada al alma?

ZORAYA. Tiemblo... proseguid...

GONZALO. Al ver
la reina tanta insistencia,
llamándome á su presencia
me dió un pergamino ayer.
—«Tomad—me dijo—tomad;
decida el rey de Granada;
mañana cede, ó tomada
es por fuerza la ciudad.
Si entrar en ella y vencer
no cuesta un solo soldado,
su libertad, que he firmado
podéis hacerla valer.
Mas si de sangre una gota
se vierte, sin valimiento
la orden ved, y que al momento
quede en vuestras manos rota.»—
El tambor antes sonó,
el crítico instante llega,
y del asalto ó la entrega
la señal espero yo.
Si el toque llego á escuchar
de generala... es la muerte,
entonces su triste suerte
no me es posible evitar.
Mas si el cristiano pendón

entra, sin lucha, triunfante...

(Suena un cañonazo.)

Ah!

(Con expresión indefinible, sosteniendo los últimos momentos de su lucha interior.)

ZYA. y HAS. ¿Qué es eso? (Con terrible ansiedad.)

GONZALO. Es el tonante

estampido del cañón! (Con inmenso entusiasmo.)

ZORAYA. Oh! seguid... (Con suprema expresión de angustia.)

GONZALO. Y ese papel

que estrujaba en mi demencia...

(Con creciente emoción.)

que otorgaba una existencia

por mi martirio cruel...

Ese papel anhelado...

ZORAYA. ¡Por vuestro Dios! acabad!

GONZALO. Hele aquí! es vuestro... tomad...

(Sacando el papel y entregándoselo á Zoraya con ademán febril.)

¡está entero!

ZORAYA. Se ha salvado?...

(Tomando la orden y con acento delirante.)

GONZALO. Sí; su perdón ved ahí...

(Completamente dominada la lucha por la voluntad y profundamente conmovido.)

amadle de vida lleno...

ZORAYA. ¡Gracias, Jesús Nazareno!

(Besando la orden y cayendo de rodillas.)

¡su perdón! ¡yo creo en tí!

(Levantándose después de un momento, sin poder romper en llanto y sintiéndose desfallecer por instantes.)

Hassém... vos... ah! mis sentidos

se ofuscan... la luz me falta...

(Retrocediendo hacia la puerta de la izquierda, seguida por Hassém.)

el corazón se me salta

del pecho con sus latidos...

(Asiéndose al brazo de Hassém.)

No puedo... no puedo... así...

Ah!

(Lanzando un grito ahogado y cayendo desmayada en brazos de su amante.)

HASSÉM. ¡Zoraya! (Estrechándola con frenesí.)
GONZALO. Es la alegría! (Acercándose á éllos.)
sacadla... que su agonía
no vuelva al hallarse aquí!
HASSÉM. ¡Salvado! salvado al par
que ese rey mi patria entrega!
¡salvado! y ella reniega
de su Dios!
GONZALO. ¿Vaisla á matar?
(Con energía, empujándole hasta la puerta de salida.)
salid... salid...
HASSÉM. Mi razón
también cobarde vacila...
GONZALO. ¡Salvadla!
(Con el último esfuerzo, haciéndole salir.)
HASSÉM. Sí!
GONZALO. ¡Me aniquila
tanta lucha el corazón!
(Volviéndose al centro de la escena.)

ESCENA VII

GONZALO, FORTÚN.

FORTÚN. Señor! (Entrando precipitadamente.)
GONZALO. Fortún!
FORTÚN. Aguardaba
impaciente... al fin le he visto
salir... oh! tenéis el alma
más grande que he conocido!
(Con orgullosa satisfacción.)
GONZALO. Por eso acaba de hacerla
pedazos mi sacrificio! (Con honda amargura.)
FORTÚN. Mil rayos! (Profundamente afectado.)
(Suena un disparo de cañón y continúan repitiéndose á intervalos hasta el final.)
GONZALO. ¿Oyes? su acento
(Recobrando su energía.)
me llama al deber! mi espíritu

se rehace... esa es la patria
que pide aliento á sus hijos!
Boabdil tras cien disturbios
y combates intestinos
cede ya... la ciudad santa
nuestro ejército aguerrido
va á ocupar... á ella marchemos
y de España el regocijo
sirva de bálsamo al pecho,
que su ilusión ha perdido!

FORTÚN. Voto á!...

GONZALO. Sígueme... aun me resta
la gloria...

FORTÚN. Y aquí un indigno
servidor, á quien ahora
le ahogarían con un hilo!

GONZALO. Fortún!
(Conmovido, atrayéndole entre sus brazos.)

FORTÚN. ¿Pues no me dan ganas
de llorar? ¡voto á San Críspulo!

GONZALO. Vamos!

FORTÚN. Hasta el fin del mundo
si queréis!
(Se oye una corneta que toca llamada.)

GONZALO. Ya ese sonido
indica que nuestras tropas,
salen fuera del recinto
de Santa Fe! (Saliendo rápidamente.)

FORTÚN. ¡Viva España!
¡Pardiez! ahoguemos á gritos
la pena... ó hago pucheros
como si fuera un chiquillo...
(Saliendo en pos de Gonzalo.)

—

MUTACIÓN

Campiña al pie de Granada.—Al fondo la ciudad. Desde sus murallas, con troneras y almenas árabes en las que ondea el pabellón mahometano, y con esplanada practicable, parten dos caminos, ambos sobre pendientes y formando curvas. El de la izquierda conduce al campo; el de la derecha á Santa Fe. Boabdil desciende por el primero, seguido de su acompañamiento y viene á la escena, hasta el primer término de la izquierda, con un grupo de alcaides y alfaquíes, mientras el resto de la comitiva permanece á lo largo del camino prolongándose hasta el interior de la ciudad.

ESCENA VIII

BOABDIL, ALFAKÍES, ALCAIDES, ODALISCAS, ESCLAVAS, EUNUCOS Y SOLDADOS MUSULMANES.

Música.

C. DE HOMBRES. Rica perla del Oriente,
la ciudad de torres mil,
llévente nuestros suspiros
frescas brisas del pensil.

C. DE MUJERES. Ya tus cármenes floridos
no podremos ver lucir,
bajo un cielo siempre puro
con celajes de zafir.

CORO GENERAL.

BOABDIL. Ah! cuán triste yo te envío
desde aquí mi último adiós...
Cuantas veces tu recuerdo
herirá mi corazón.

CORO GENERAL. Ah! cuán triste á tí te envía
desde aquí su último adiós,
cuantas veces tu recuerdo
herirá su corazón.

(Se oye por la parte de la derecha un breve toque de corneta y á continuación los primeros ecos de una música militar, que se va percibiendo cada vez más cercana, hasta que aparece por último en la escena.)

BOABDIL. Oid... ya se acerca
la reina Isabel,
ya llegan sus tropas,
murió mi poder.
El pecho se oprime
con pena mortal...
Granada, Granada,
protéjate Aláh!

CORO GENERAL. El pecho se oprime, etc.

(Aparece por la derecha la reina Isabel la Católica, seguida de su corte, y se colocan en la escena frente al grupo formado por Boabdil y sus alcaides y alfaquíes. La cabeza del ejército cristiano, que sigue en pos de la reina, llevando al frente la música y los principales caudillos, avanza hasta situarse en el principio del camino que por el lado derecho conduce á la ciudad. El resto de las tropas ocupa parte de la escena, prolongándose hacia el interior en dirección de Santa Fe.)

ESCENA IX

DICHOS, ISABEL, DAMAS, RELIGIOSOS, GUERREROS, GUARDIAS-HIDALGOS, PAJES ESCUDEROS Y SOLDADOS.

BOABDIL. Vencido hasta tí llego
princesa de Castilla,
mi frente á tí se humilla,
yo acato tu poder.

(Acercándose á la reina y postrando una rodilla en tierra.)

ISABEL. No más, ilustre príncipe,
si escucho tu lenguaje...
tan solo ese homenaje
á Dios se debe hacer.

(Tendiendo una mano al rey de Granada y obligándole á levantarse. Boabdil se dirige hacia el grupo de moros que le acompañan, toma las llaves de la ciudad que le presenta un alcaide, en una bandeja de plata, y se vuelve de nuevo, entregándoselas á la reina después de inclinarse otra vez, breve aunque profundamente.)

BOABDIL. Del gran Aláh es el único
reinado duradero,
su voluntad venero,
te entrego la ciudad.

Mi mano tiembla al darte,
¡oh reina!, mi tesoro,
por la ciudad que adoro
yo imploro tu piedad.

ISABEL. ¡Oh Dios mil veces santo
mi fe tu gloria aclama,
de júbilo se inflama
mi ardiente corazón!
La cristiandad entera
gozosa se conmueve,
¡marchemos! ¡brille en breve
triunfante el pabellón!

C. DE CRISTIANOS. La cristiandad entera, etc.

BOABDIL. Mi mano tiembla al darte
oh reina mi tesoro,
por la ciudad que adoro
yo imploro tu piedad.

C. DE ÁRABES. Su mano tiembla al darte
la joya que atesora,
por la ciudad que adora
implora su piedad.

ISABEL y CORO DE CRISTIANOS. La cristiandad entera
gozosa se conmueve, etc.

(La reina se vuelve, dirigiéndose hacia el fondo. Al propio tiempo aparece Zoraya por el segundo término de la derecha y en pos de ella Aben-Hassém.)

ESCENA X

DICHOS, ZORAYA, ABEN-HASSÉM.

ZORAYA. Aguardad oh noble reina!

ISABEL. El cautivo...

HASSÉM. Libre ya
vengo á daros testimonio
de mi fe y mi lealtad.

ISABEL. No os comprendo.

BOABDIL. Hassém, qué dices?
¡Tú á la reina acatarás!
No es posible!

C. DE ÁRABES. No es posible!

HASSÉM. Váis á oir mi voluntad:

Yo entre los muros de ciudad santa
buscaba ardiente su salvación,
y del cristiano que la amagaba,
juré implacable la destrucción.
Su campamento reduje á escombros,
mi vida expuse sin vacilar,
y hoy á la muerte me preparaba,
sereno el ánimo, fiel al Korán.

Mas un guerrero insigne,
su corazón
ha herido, por sacarme
de la prisión.
Mi amante libre al verme
miró la luz,
que le mostró radiante
la santa cruz.
Ya ante su influjo puro
vive mi amor,
de Aláh solo impotencia
miro en redor.

Por eso el pecho mío
que gratitud rebosa,
y ve que Aláh á mi patria
la deja perecer.
Reniega de ese falso
poder que así la inmola,
y aclama del Dios único
la gloria y el poder.

CORO DE CRISTIANOS.

Por eso el pecho suyo, etc.

—

Hablado.

BOABDIL. Hassém!...

(Con expresión de profunda extrañeza y sentimiento.)

HASSÉM. Abjuro un error
que á sostenerle no alienta,
y abrazo una fe, que ostenta
la caridad y el amor.

BOABDIL. Ah!

(Con muestras del mayor abatimiento y retrocediendo un paso.)

ISABEL. ¿Os amáis?

HASSÉM. ¡Ella es mi bien!

ISABEL. Dios os proteja cristianos
y yo, unidas vuestras manos
os protegeré también.
Mas... ¿dónde está el que así brilla
por su abnegación notoria?

FORTÚN. Aquí está!

(Apareciendo en este instante en pos de Gonzalo, que se dirige hacia la reina.)

ZYA. y HSÉM. Es él!

(Con viva expresión de gratitud, corriendo á su encuentro.)

ISABEL. ¡Es la gloria
de Aragón y de Castilla!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, GONZALO, FORTÚN.

GONZALO. Señora!

ISABEL. Al fin!

ZORAYA. (Oh! me afrenta...)

(Llena de gratitud y de rubor, acercándose á Gonzalo.)

Perdonadme!

GONZALO. Basta! (Con acento cariñoso.)

HASSÉM. (Abrazando á Gonzalo.) Hermano!

GONZALO. Sed feliz!

(Dominando su emoción, desprendiéndose de los brazos de Hassém y adelantando hacia Isabel.)

FORTÚN. ¿Se ha hecho cristiano?

(Preguntando á los que se hallan más inmediatos y que le hacen una señal afirmativa.)

(Se va al sol que más calienta.)

ISABEL. Y bien...

GONZALO. El rey, con la gente
de reserva, hacia aquí llega,
manda aviso que la entrega
se efectúe prontamente.
Y que de aquesta jornada
ciñendo el lauro inmortal,
dé su alteza la señal
y entre triunfante en Granada.

ISABEL. ¿Y vos, que para ceñir
más lauro tanto valéis,
Gonzalo, nada tenéis
á la reina que pedir?

GONZALO. Rotas ya las ilusiones
de un sueño, mi gloria estriba
en la gloria que reciba
España por sus legiones.
Cayó el pendón musulmán
y el ejército aguerrido,
después de haberle vencido
cifra en más lucha su afán.
El francés el suelo hermoso
de la Italia está pisando,
y su presencia menguando
nuestro esfuerzo victorioso.
El honor la represalia
nos pide, el lauro está allí...
dadme ese ejército á mí
para conquistar la Italia.
Y cuando á la España al fin
no baste la Europa entera,
aunque triunfe su bandera
del uno al otro confín.

Y volviendo al genovés
la vista, el genio gigante,
os muestre, allende el Atlante
nuevo espacio á nuestros pies.
Señora, haced escuchar
su voz, que logre su anhelo...
¡solo pide un barquichuelo
por un mundo que va á dar!

ISABEL. A Italia iréis... aquí fijos
en vuestro empeño quedamos,
mientras á Dios demandamos
la dicha de nuestros hijos.
Éllos salvarán el mar
con entusiasmo profundo...
¡quiere España un Nuevo Mundo
y Colón lo irá á buscar!
Ahora izemos el pendón
en la ciudad conquistada...

CRISTIANOS. ¡Viva la reina!

ISABEL. ¡Granada
por Castilla y Aragón!

Música.

CORO GENERAL.

C. DE ÁRABES. Adiós la sagrada
ciudad predilecta,
el pecho se oprime
con pena mortal.
Lloran nuestros ojos
la dicha perdida...
¡Granada! ¡Granada!
protéjate Aláh!

C. DE CRISTIANOS. Sigamos, la enseña
cristiana se muestre,
triunfante Castilla,
triunfante Aragón.

Su fama en el mundo
se extienda constante,
y aclame sus hechos
de gloria y honor.

(La música militar rompe la marcha triunfal. El coro general se repite. Isabel vá á situarse al frente de las tropas, seguida de Gonzalo, de la corte, etc. El ejército cristiano se pone en movimiento y entra en la ciudad. Boabdil, con su acompañamiento, se aleja por la parte opuesta. Siguen las salvas.—Telón pausado.)

FIN DEL DRAMA

POST SCRIPTUM

Al dar por terminada una publicación, llevada á cabo principalmente con motivo del cuarto centenario de la reconquista, envío mi afectuoso saludo á los ilustrados hijos de esa ciudad legendaria, sueño de oro de los poetas, sultana de los vergeles y perla inestimable entre las más bellas de la hermosa Andalucía.

Si el *Adiós á Granada*, puesto en música magistralmente por mi compañero Gaztambide, se ha hecho popular y se canta en toda España, yo anhelo que la obra completa, popularizándose por su asunto, ya que no sea dable por su mérito, entre las clases todas de ese noble pueblo, simbolice para ellas modesto, pero sincero testimonio de mi adhesión y simpatía.

Enrique Ceballos Quintana.

Madrid, Noviembre de 1891.

ERRATAS ESENCIALES

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
5	14	pertenecen	pertenece.
5	23	inconcedible	inconcebible.
7	15	úe España	de España.

Zarzuelas.

La rendición de Granada.—Cara de Páscua.—El delegado del diablo.

Juguetes cómicos y sainetes.

D. Cenón.—Vestir imágenes.—Química, industria y amor.—Tres pies de un banco.—La dolencia de familia.—La herencia de un sobrino.—Amor de capa y espada.—Don Basilio.—Los niños de ayer.—El templo de Jano.—La república de las letras.—El equilibrio europeo.—Se cede una habitación.—Una suegra en batería.—Un agente en comisión.—Dinero sobre papel.—Despacho provisional.

Leyendas.

El pro y el contra.—Kafid y Nulima.—Las Navas.—San Quintín.—Bailén.—El Dos de Mayo.—Numancia.—El Nuevo Mundo.—Africa.—Lepanto.—Pavía.—El Salado.—Trafalgar.

Poesías.

Páginas de un álbum.—Flor de las flores.—Las creencias.—Un libro para los dos.—Rosas y espinas.—Cantares.

Libros de fantasía y educación para los niños.

Los albores de la vida.—Brisas y aromas.—Cartas á un niño.—Vergel de la infancia.—Sol sin celajes.—El espejo de los niños.—Escenas morales.

Obras de instrucción militar recreativas.

Militares célebres.—Album de Guardia civil.—El libro de Juan Soldado.—La cartuchera.—Romancero militar.—Album del carabinero.—Páginas de oro.—La gloria de once reinados.—Libro del guardia.—Museo militar.—Museo del soldado.—El talismán.—El libro de la mochila.—Semblanzas militares.—Juan Soldado.—Narraciones de cuartel.

Obras filosóficas.

El fondo del cuadro.—El adulterio.—El cristianismo y la civilización.—Hojas de oro y hojas secas.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Principales librerías y oficinas de la Galería Lírico-Dramática El Teatro.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la expresada Galería, ó haciendo los pedidos directamente al Editor.

El autor de esta obra se reserva introducir en la misma, llegado el caso de ponerse en escena, las alteraciones que pudieran resultar y considere convenientes para la representación.